



# Árboles

## Crónicas de una ausencia

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ  
COMPILACIÓN DE TRINO BORGES  
ILUSTRACIONES DE RODRIGO ACOSTA OVIEDO





ÁRBOLES  
CRÓNICAS DE UNA AUSENCIA

1.ª edición, Universidad de Los Andes; Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico; Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas José Manuel Briceño Monzillo, Mérida, Venezuela; 2005.

© 1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

© Enrique Bernardo Núñez

© Trino Borges (compilador)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

#### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

#### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

#### **Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Editorial perro rana

#### **Diseño de colección**

Hernán Rivera

Yeibert Vivas

#### **Diseño de portada**

Joyce Ortiz Montoya

#### **Ilustraciones**

Rodrigo Acosta Oviedo

#### **Edición**

Juan Carlos Torres

#### **Corrección**

Daniela Moreno

Ninoska Adames

#### **Diagramación**

Juan Carlos Espinoza

Joyce Ortiz Montoya

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2018000746

ISBN: 978-980-14-4174-8



Esta licencia Creative Commons permite la redistribución comercial y no comercial de la obra siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con el crédito del autor.

## Colección Trazos y Testimonios

Cuando la experiencia personal es historia digna de registrar y resguardar en la memoria colectiva, el relato se funde en reportaje narrativo. La crónica, género híbrido entre la historia, el periodismo y la literatura, es lenguaje que reconstruye a partir del relato hechos, situaciones y experiencias. Hombres y mujeres protagonistas de historias a veces extraordinarias, raras, únicas y otras veces fundamentales, claves y urgentes, se convocan a esta colección para ayudarnos a mirar y comprender las historias desde un lugar más sensible, íntimo y cercano. Estar en el lugar indicado, en el momento exacto, convierte a quienes escriben ya no en simples testigos de lo acontecido. Estos y estas cronistas muestran en palabras todo cuanto vieron y sintieron transformando lo efímero o fugaz en textos inolvidables.

*Serie Espejos:* Biografías y autobiografías de personas que no dudan en volverse personajes de un relato para convertir la experiencia individual en memoria social y colectiva. Lo que le pasa a uno o una nos pasa a todos y todas.

*Serie Oficio de vivir:* Rinde homenaje al poeta Cesare Pavese y abre una ventana al lenguaje de lo íntimo. Diarios, cartas, bitácoras y memorias de viajes integran esta serie pensada en esa palabra que más allá del soporte es de puño y letra.

*Serie Vivir para contarla:* Su nombre remite a Gabriel García Márquez, autor que ha logrado integrar múltiples lenguajes para narrar la realidad. Reportajes, crónicas y testimonios se ofrecen en este espacio para registro y memoria de lo sucedido, desde una mirada protagonista.



trazos  
*testimonios*  
*vivir para contarla*

ÁRBOLES  
CRÓNICAS DE UNA AUSENCIA

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ  
COMPILACIÓN DE TRINO BORGES  
ILUSTRACIONES DE RODRIGO ACOSTA OVIEDO





## NOTA EDITORIAL

El presente trabajo es un honesto aporte del señor Trino Borges, personaje que por su sensibilidad, vocación, perseverancia en el conocimiento, la investigación, la creación y la docencia, se ganó el reconocimiento de la comunidad larense y merideña. Por más de treinta años se ha dedicado a la formación de docentes, al estudio y a la investigación en las áreas de política, geografía y literatura. El Consejo Legislativo del estado Mérida, el 18 de mayo de 2007, le otorgó la Orden Doctor Tulio Febres Cordero en su Primera Clase en virtud de haber destacado en su labor cultural, artística e intelectual. Es muy apreciado por haber cedido dos bibliotecas, con más de tres mil títulos, para la creación del

Núcleo de Investigación Lingüística y Literaria de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador de Barquisimeto y el Centro Cultural El Costurero de los Sueños ubicado en la comunidad de Santa Elena, estado Mérida. En este libro encontraremos un pequeño aporte a la ardua labor que durante años realizó el señor Trino Borges para reunir la obra dispersa de Enrique Bernardo Núñez. Esperamos que estas sencillas palabras logren despertar el germen de la conciencia ecosocialista, que en voz de un campesino dice: “¿Qué hace un país con todo el dinero del mundo si no tiene qué comer?”.



# ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ: SU ACTITUD CON LOS ÁRBOLES

## I

Podría comenzarse con una referencia previa, aquella interrogante que formulara Francisco Tamayo en octubre de 1979: “¿Cuántos pájaros quedan, cuántas hojas?”. Era, en ese momento de la fecha, la genuina voz alertadora del científico, como asimismo la nítida angustia del humanista. Y lo cierto de la expresión no estaba porque hiciera mención a una cuantificación, sino por su despliegue, que se dirigía hacia la existencia de los pájaros y de las hojas como los necesarios y únicos indicadores confiables de la vida en el espacio de la territorialidad venezolana y hasta del planeta si se quiere. Lo que se planteaba estaba implícitamente indicando, al mismo tiempo, una demarcación inevitable: para destacar que después de tanta historia nuestra transcurrida, que suponía el fortalecimiento de una clara conciencia social, y después de tanto saber manejado en las últimas décadas, muchas veces en forma ostentosa, ¿qué cuenta podía rendirse ahora en la víspera de otro siglo y de otro milenio? Y no era esto cosa de una simple o

compleja contabilidad para dilucidarse en operaciones aritméticas, sino nada menos que la apelación a una deseable capacidad ética de esa ciencia galopante, y a lo que pudiera asumir, como reacción y como conducta, la práctica social del venezolano de esos días y en los venideros tiempos.

Naturalmente una perspectiva como esta nunca le habría sido extraña a Enrique Bernardo Núñez, porque ciertamente la habría vivido en otra fase del acontecer y dentro de otros intereses intelectuales particulares. Similar percepción a la tamayista, con todas las diferencias contextuales que arrastraba, había estado presente en casi toda su existencia. Porque una preocupación como esa cobró mucho impulso precisamente en la corporeidad de una parte de su escritura. Y pasó a ser una vertiente muy evidente en obras como *La ciudad de los techos rojos* y en *Aristides Rojas, anticuario del nuevo mundo*, como asimismo tema central en sus tantísimas crónicas impresas en la prensa después de los años veinte.

Desde luego, Núñez sabía, obviamente, que los árboles constituían parte fundamental de la naturaleza venezolana y americana. Eso lo había comprobado en el propio desenvolvimiento del tiempo. Quienes se ocuparon de esa cuestión le habían dado mucha relevancia al fenómeno: Alejandro de Humboldt, por ejemplo, aquel andariego incansable, en sus viajes de 1799-1804 por estas tierras equinocciales; lo habían resaltado igualmente aquellos primeros estudios botánicos que llevaron a cabo José María Vargas y Fermín Toro, como también los efectuados por Juan Manuel Cajigal y Adolfo Ernst en el decimonono. Y en el siglo xx, a partir de 1917, está toda la labor científica de Henri Pittier. Y sin embargo, lo que estaba en el tapete no solo era la dimensión natural, de por sí grandiosa, por lo que guardara cuantitativa y cualitativamente. No era el paisaje por sí mismo. Era el mundo social de los hombres, las relaciones que se establecieron en donde las plantas entraban, sin poder eludirse o detenerlas, y pasaban a incorporarse en la historia de los acontecimientos,

tanto los extraordinarios como los correspondientes a la cotidianidad. Y desde ese marco histórico se iban integrando a la mirada entretrejida por la cultura. De lo que se trataba era de los árboles como signos, como una suerte de palpables documentos, en los cuales quedaban marcados los pasos sociales de los hombres. En el fondo conformaban una especie de libro, donde podría leerse el comportamiento de los seres humanos y el desplazamiento apremiante de una cultura. Ese sería el sentido y la razón que tuviera Núñez en 1948 cuando dijera: “La historia de Caracas, de Venezuela, en los últimos cincuenta años, puede escribirse a la sombra de sus árboles cortados”. Pues se trataría de la historia de una ausencia, de una carencia, de una minusvalía.

## II

Sabido es cómo las plantas penetraron en los quehaceres de Núñez, en su vida, en su escritura, en su imaginario cultural; en realidad son una materia

decisiva en el equipaje de su tránsito existencial. El cardón, por ejemplo, se juntó tempranamente con sus letras. Se le encuentra en los relatos de 1927: “Martín Tinajero” y “La perla”, y de manera particular en su novela *Cubagua* de 1931, uno de cuyos capítulos lleva ese nombre: “Un cardón sobresale de entre los muros, restos de alguna mansión, se alarga, recorta su forma como un ciprés”. Pero una manifestación resaltante de ello, es la propia identificación que tuvo su persona, en su trajín periodístico, con este vegetal, al adoptarlo como firma de una columna de prensa en los años de 1936, 1937 y 1939. Y muy estrecha debe haber sido esa relación cuando desde *El Universal* (27 de octubre de 1942) polemizó con alguien que lo había tomado indebidamente:

En un vocero que circula a la hora meridiana aparece una sección suscrita con el seudónimo “Cardón”. Como es bien sabido “Cardón” fue mi seudónimo largo tiempo en la sección “Relieves” de *El Heraldó* de esta ciudad. No sé hasta qué punto en buena ley o

en buena ética periodística –escarnecida por muchos de los que con más seriedad y frecuencia la invocan–, puede emplearse el seudónimo de otra persona usado y reconocido como suyo en el público y los medios periodísticos. En este caso difícilmente podría alegarse ignorancia. Ha sido bien empleado clara e intencionalmente. Revela sin duda alguna falta de escrúpulos, en todo caso falta de imaginación. Un simple abuso a ojos vistas. Declaro, pues, “Cardón” no es ese “Cardón” que nada tiene de yaragüey. O, en otros términos, que ese “Cardón” es un falso “Cardón”.

La otra imagen tan decisoria para su vivir, por lo menos a partir de los cuarenta, es el samán, tanto que cuesta nombrar al autor de *La galera de Tiberio* sin que surja de inmediato cierta sinonimia con dicha planta –de reciedumbre, de acogedora sombra, de historia acumulada, de reflexión suscitada–. Y que tanto lo acompañara en sus luchas diarias, las cuales eran parte de su pensar, de su sentir y de su concepción del mundo. Su presencia visible se le observaría

principalmente en aquellos artículos de prensa que dedicara al samán de Catuche o de la Trinidad, llamado también el Árbol del Buen Pastor, planta esta muy vinculada a la infancia de Andrés Bello. Igualmente se le vería en aquella discusión de los años cincuenta, cuando interviene en la elección del árbol nacional:

En nuestros días el araguaney es elegido el árbol nacional. No hay araguaney que como el samán pueda invocar tantos legítimos títulos. Compárese un bosque de samanes con unos de araguaneyes y se verá la diferencia. Del de Güere, dice Codazzi, que a su sombra podía reposar fácilmente un batallón en columna. En torno suyo celebraban sus ritos los indios libres. Ha presenciado el comienzo y el fin de un ciclo histórico. Tiene ahora la existencia ideal, mucho más allá del tiempo y de la extensión que cubrían sus hojas. Todavía, en su intento por reverdecer, quiere demostrar el valor de su estirpe. El samán es nuestro árbol sagrado.

Y más todavía, con la fuerza de un saber acumulado, lo iba a ser en 1963, al tomar el vocablo, como una invocación o como un emblema para la denominación de uno de sus numerosos libros: *Bajo el samán*. De cuya confección diría que eran: “Notas para un trabajo abandonado y emprendido de nuevo en el afán de cada día”. Y que en su “nota liminar” insistiría en una idea central que le daba cuerpo a ese volumen: “Por increíble que parezca –y estas afirmaciones harán sonreír desdeñosamente–, un país necesita tanto de una fuerza espiritual como de prosperidad material para su empeño de vivir o combatir”. Esa selección que saliera de las manos del mismo Núñez, era en realidad un ideario en otro sentido. Verdadera suma de su pensamiento y de sus sentimientos.

En ese transcurrir social la figura del samán tuvo que adquirir un carácter metafórico, como lo venía siendo en el medio venezolano, una manera de reconocer con esa planta a la recia personalidad de Enrique Bernardo Núñez. Lo vio así Aquiles Nazoa en la ocasión de aquel soneto de 1948, momento en que

el escritor y periodista se incorporaba a la Academia Nacional de la Historia. Y de igual forma sigue viéndolo después, a través de los tiempos posteriores a su muerte en 1964, nuestra recepción cultural. Es como lo concibe la revista *Imagen* (1995) en el homenaje que le rindiera con motivo del centenario de su nacimiento, y la razón en la que se afincó para titular el *dossier* que la acompañaba “Escritura de samán”.

### III

¿Y de los otros árboles? Con todos los que se nombran en su prosa, en su escritura periodística y en sus libros, se formaría, sin mayores dificultades, todo un frondoso bosque de un verdor acogedor. Y dentro de lo cual, en ese nombramiento, habría que señalar que hay una fase primera en Núñez, en donde los vegetales son captados de una manera, dentro de cierto sentido lírico, como expresión de abundancia, de proliferación. Y lo fue en aquellos lejanos tiempos de los veinte. En *El Nuevo Diario* (2 de julio de 1922)

se asoma una estampa en esa dirección al comentar un libro de relatos, *Bucares en flor*:

Ciertamente que el bucare es un árbol imperial; espléndido manto escarlata de nuestros bosques, de nuestros campos; tal vez el predilecto de las antiguas tribus para celebrar sus fiestas. A su sombra, capaz de simbolizar el esplendor de estas tierras, recoge Fernández García algunos de sus cuentos bajo una sombra amable, puramente nuestra.

Igualmente en su conocida novela de 1931, donde las plantas participan en la estructuración de los componentes paisajísticos de la narración. Allí están: “A la entrada de La Asunción unos matapalos vierten sus copas maravillosas junto al convento franciscano convertido en casa de gobierno”. Y más adelante, en otra situación del relato: “Paraguachí aparece risueño bajo sus cedros y ceibas frondosas”.

No obstante dentro de una segunda etapa, muy diferenciada, los vegetales que se describen adquieren



un resaltante tinte de carencia, de ausencia, son otra imagen distinta, en donde se abandona todo contorno idílico. Esta otra perspectiva ya se muestra brevemente en *La fiesta del árbol* (1 de junio de 1937): “Esa inclinación al desierto, esa hostilidad al árbol permanece viva en el fondo del alma venezolana. Recientemente los chaguaramos del Guaire fueron cortados. Los árboles de las calles fueron cortados”. Y más adelante en la crónica “Árboles” (13 de marzo de 1939), esa mirada se amplía: “Los árboles de la ciudad desaparecen o están en camino de desaparecer. Algunos troncos en la vía pública muestran los estragos del hacha municipal. En el patio del Capitolio cortaron también las típicas araucarias que daban antiguo verdor”.

Y a finales de 1939, en uno de los reportajes que escribió en *El Universal* (23 de noviembre de 1939) sobre el incendio de Lagunillas, se da el señalamiento de la mapora unido a una significación de supervivencia, más bien de resistencia:

Se trata ahora de las estacas que sostenían las casas de Lagunillas. “¿Por qué no ardieron las estacas?”, se pregunta. “Porque la mapora no arde”. Oviedo y Baños, según nos declara en su historia, estuvo en Maporo por los años de 1686. Maporo tenía entonces treinta casas (...). Oviedo habla también de los estragos causados por Alfínger y su gente cuando salieron al descubrimiento de la laguna de Maracaibo en aquellas comarcas (...). Talaron toda la tierra los hombres de entonces. Como los de hoy. El testimonio moderno lo podemos encontrar –para no ir muy lejos– en la misma novela de Díaz Sánchez, Mene.

## IV

Después de 1939 va a cobrar fuerza dicha percepción en Núñez, en donde los árboles no son vistos en su individualidad natural, sino que aparecen integrados, impregnados de lo que viene acaeciendo en la realidad venezolana, principalmente en los espacios urbanos, y de manera específica en los capitalinos

caraqueños. Era esto la consecuencia de su notoria visión de la historia, y de su concepción de lo que realmente era un pueblo: una colectividad determinada apegada a sus suelos y a su devenir. Por eso, su criterio de que no solo los documentos escritos, también las cosas (calles, esquinas, plazas, casas, árboles seculares, etcétera.) formaban parte esencial de la memoria colectiva porque allí estarían fijados los signos de un transcurrir, y por lo cual su conservación sería una fase obligada de toda historia vivida, pero nunca su anulación o su olvido. Fueron claras sus palabras al respecto:

Un pueblo sin anales, sin memoria del pasado, sufre ya una especie de muerte. O viene a ser como aquella tribu que solo andaba por el agua para no dejar huellas. A pesar del número de sus cultivadores, puede decirse que ignoramos la propia historia.

Dice en *La ciudad de los techos rojos* (1947): “Desde las alturas del Ávila se observa que la ciudad ha

comenzado a despojarse de ese color rojo del que habla el poeta. La masa de construcciones surge ahora en medio de verdes jirones del valle de San Francisco”. Y lo es porque:

... los edificios se levantan con la misma facilidad con que son demolidos. Plazas, calles, barriadas enteras desaparecen o cambian de aspecto de una día a otro. Los mismos muertos son desalojados con mayor presteza que antes. El espacio de los cementerios se destina a nuevas urbanizaciones. Caracas es una ciudad urgida de modernidad, en incesante proceso de transformación.

Y así lo que acontece con las esquinas, con las plazas, es decir, con todo aquello que viene de otra época, lo que trae rastros de una historia transcurrida, eso mismo le estaría sucediendo similarmente a las plantas. Por lo que afirma con tanta justeza: “Hay cosas que son árboles en sí mismos y mueren por causa de

la misma penuria espiritual. La casa de Miranda, por ejemplo, lo que de ella quedaba, era un viejo árbol”.

Esa acentuación de dicho percibir en el autor de *Don Pablos en América* está unida estrechamente a sus abundantes indagaciones históricas que realizaba en esos momentos de los cuarenta y cincuenta, para seguirle el paso a tanta huella de una manifestación humana. Y ante el eminente peligro por desaparecer, quizá Núñez quería apuntalar con lo que iba hallando en esos papeles viejos de los archivos, que hablaban de una historia que ya no era, de la ya tambaleante existencia de las cosas condenadas al desdén y al olvido. Fue el caso de *El cementerio de los hijos de Dios* (*El Nacional*: 30 de abril de 1948):

Todavía puede verse la lápida de Isabel Gáspari, ante la cual se detuvo el escritor (Juan Vicente González) aquella mañana. La herrumbrosa puerta fundida por Santiago Carías hace oír sus goznes. La capilla del fondo está en ruinas. Los cipreses cenicientos y mutilados

descuellan todavía frente al populoso barrio de El Retiro. Algunas bóvedas se han derrumbado.

Pero esta misma situación ya la había registrado en otra crónica anterior (3 de noviembre de 1942):

Desde la colina de Los Hijos de Dios se distingue el hotel, construido recientemente, con el nombre de Ávila en lo que fue Gamboa. Los jardines de Gamboa desaparecieron hace tiempo. El hotel o fonda de extranjeros es símbolo de todo esto, en medio de otros tantos símbolos. Con jardines y nieblas, sobre todo con jardines desaparecidos, muy bien se podrían escribir varios poemas o un solo poema: el dolor nuestro por las cosas que pasan a poder del extranjero sin que tengamos capacidad para defenderlas.

Hablando de Arístides Rojas, en 1944, en ocasión del cincuentenario de su muerte, Núñez apuntará:

También ha cambiado mucho desde Rojas, cuando precisamente la ciudad avanzaba hacia el Este en nueva etapa de desarrollo. Las mismas ruinas de Bello Monte con su bosque de palmeras, expresión típica del paisaje caraqueño en el siglo pasado, han desaparecido junto con aquellos otros campos de arboledas seculares bajo las cuales se tocaron los primeros conciertos, el primer clavecino y las primeras arpas y se bebió la primera taza de café.

## V

Cierto es que Enrique Bernardo Núñez habla casi con exclusividad de Caracas, un mapa de sus afectos y de su pensamiento, pero tácitamente se estaría refiriendo, sin proponérselo en forma expresa, a un fenómeno que se había vuelto común y corriente en el territorio nacional, aun cuando los conglomerados sociales se mostraran indiferentes a esa situación. La devastación de los vegetales no es solo cuestión de la capital de la república y únicamente

de los tiempos de Núñez, abarca como proceso a ciudades y pueblos enteros ubicados en distintas regiones del país, es decir, en todas aquellas colectividades que entraron en la órbita del urbanismo abrumador y que comenzaron a creer fielmente en esa “errónea concepción –diría Francisco Tamayo– de que el progreso y el desarrollo se fundamentan en el cemento y la cabilla”. Y tanto lo ha sido que los actuales cronistas oficiales de diferentes localidades, cada uno de ellos, podrían escribir sin mayores contratiempos, una historia particular del maltrato a los vegetales en la comarca en donde residen.

Y no importa el lugar de la geografía, porque siempre hubo allí un historial relativo al arboricidio practicado. Los samanes de Upata, la villa del Yocoima (río hoy también seco); el tamarindo de San Isidro en Ciudad Bolívar; las ceibas en El Tocuyo y Cabudare; los jabillos de El Eneal y Duaca; los samanes de la avenida Centenario en Ejido; los pinos de la avenida Urdaneta en Mérida. En los últimos sesenta años del país ningún espacio se ha librado

de esa onda de construcciones y, por lo tanto, no ha podido quedar exceptuado de ver morir a sus plantas. Y puede ser Caripito, Cumaná o Cumanacoa; Barcelona, Puerto La Cruz o Cantaura; Calabozo, San Juan de los Morros o Valle de la Pascua; Acarigua, Araure o Guanare; Barinas, Barinitas o Pedraza; Maracaibo, Cabimas o Bachaquero; Coro, Punto Fijo o Pueblo Nuevo; Los Teques, San Antonio de los Altos o Chacao; San Felipe, Guama o Nirgua; Trujillo, Boconó o Sabana de Mendoza, etcétera. En todos los sitios en donde se trazó una calle, una avenida, una autopista, una circunvalación; en donde se erigió un balneario, un centro de recreación o un complejo urbanístico siempre se produjo la muerte de muchos árboles como si esa fuera la primera caracterización de dicho progreso y desarrollo, del que tanto se enorgullece la población.

El costo de ese cemento y esa cabilla, visto con otro parámetro, ha sido considerable por los resultados derivados: la ostensible disminución de las zonas verdes

urbanas, y no urbanas también, que se ha venido generando en el transcurrir de las últimas seis décadas.

Y si se hiciera un balance hoy de los vegetales aún existentes, de los que pueden apreciarse todavía, las ciudades y pueblos tendrían que hablar más bien de una carencia, de un evidente alejamiento, de un desalojo y, por qué no, de una lastimadura, como diría el poeta Luis Alberto Crespo.

Es el cuadro que asomaba Alfredo Armas Alfonzo en una crónica del 15 de febrero de 1977 (*Apuntuario de Guaramaco*), sobre un sitio de la cuenca del Uñare:

La colina de los vientos, ahora de los desatinos, fue sitio de robles, y el habitante de la cabeza de plumas le nombraba pariquital al robledal donde mayo –o abril– convocaba abejas y avispas del barro para la cosecha de miel (...) Guarives, palenques, topocuares, píritus, tomuzas, las antiguas voces de la colina de los vientos, del sitio de las flores amarillas donde encierra el rumor del abejerío, sueñan tan distantes y tan definitivamente extrañas en un tiempo de civilización antinacional.

Sería la misma visión, tan desoladora como frecuente, en un poema de 1959 de Carlos César Rodríguez que titulara “Árbol talado”:

Sobre su propia sombra, ya sin vida,  
quedó tendido el árbol:  
el tronco contra el suelo  
y la copa en pedazos.  
Solo un muñón quedó con sus raíces  
como una araña ciega batallando  
a orillas de la muerte.  
Y allá, a lo lejos, un dolor de pájaros.

Fue lo que llegó a prever, lo que ya anunciaba Enrique Bernardo Núñez en sus textos de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Lo que actualmente está a la vista, lo que no podría ocultarse ni de los ojos ni del corazón.

TRINO BORGES



LAS NERVADURAS  
DE UNA PERSISTENCIA





*Testimonio de amor a la naturaleza  
y a la ciudad,  
de fe y esperanza en el porvenir.*

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ



## EL CARDÓN<sup>1</sup>

*Vigas para sujetar techumbres  
y remos para ir por el mar.*

Si yo fuese a elegir una flor para grabarla en un escudo, escogería la flor del cardón, flor escasa, sin aroma, de vida breve y envoltura resistente. Así como el pino o el naranjo es en otras regiones elemento indispensable, motivo que resume todas las calidades del paisaje, el cardón lo es de nuestras bravas tierras del sol. Tierras anchas, amarillas, confundidas con el horizonte. De esas tierras soleadas es el más fiel

emblema. No los cardones finos, plantados en las villas, cardones domésticos que han perdido toda esperanza. Diríanse prontos a cubrirse de hojas. Son los cardones que van por la orilla del mar nuestro, tierra adentro. Allí es donde el cardón se muestra en toda su magnífica fiereza. Por donde quiera que vaya nuestra vista. Asoma y nos guía. Vigila las costas, el mar, los ignotos horizontes. Vive así en éxtasis, en el azul perenne, azul de cielo y de mar. Así como de otras plantas se dijo que habían nacido para deleite de los dioses, el cardón parece destinado a ser el don de aquellas soledades. Y tanto como de estas parece viva imagen de sus moradores, de aquellos cuyo ideal nadie conoce porque no han podido

---

<sup>1</sup> Este artículo aparece por primera vez como un capítulo del libro *Una ojeada al mapa de Venezuela*, publicado por Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, Editorial Élite, Caracas, en 1939.

expresarlo. Rostros con el mismo color y la sequedad de la tierra. Seres que parecen ignorar los deseos y las penas, y sus propias miserias. Nadie lo sabe. Son amables, corteses, generosos. Hombres que sonrían a la muerte. Mujeres que son la entraña, la sustancia de la tierra. Nada ignoran en su primitiva sencillez. Y ocultan estas rudas gentes, de vidas trágicas, una gran ternura. Una ternura que corre por los secretos cauces del alma. Una ruda ternura. Rostros silenciosos. Cardones, cardones, cardones.

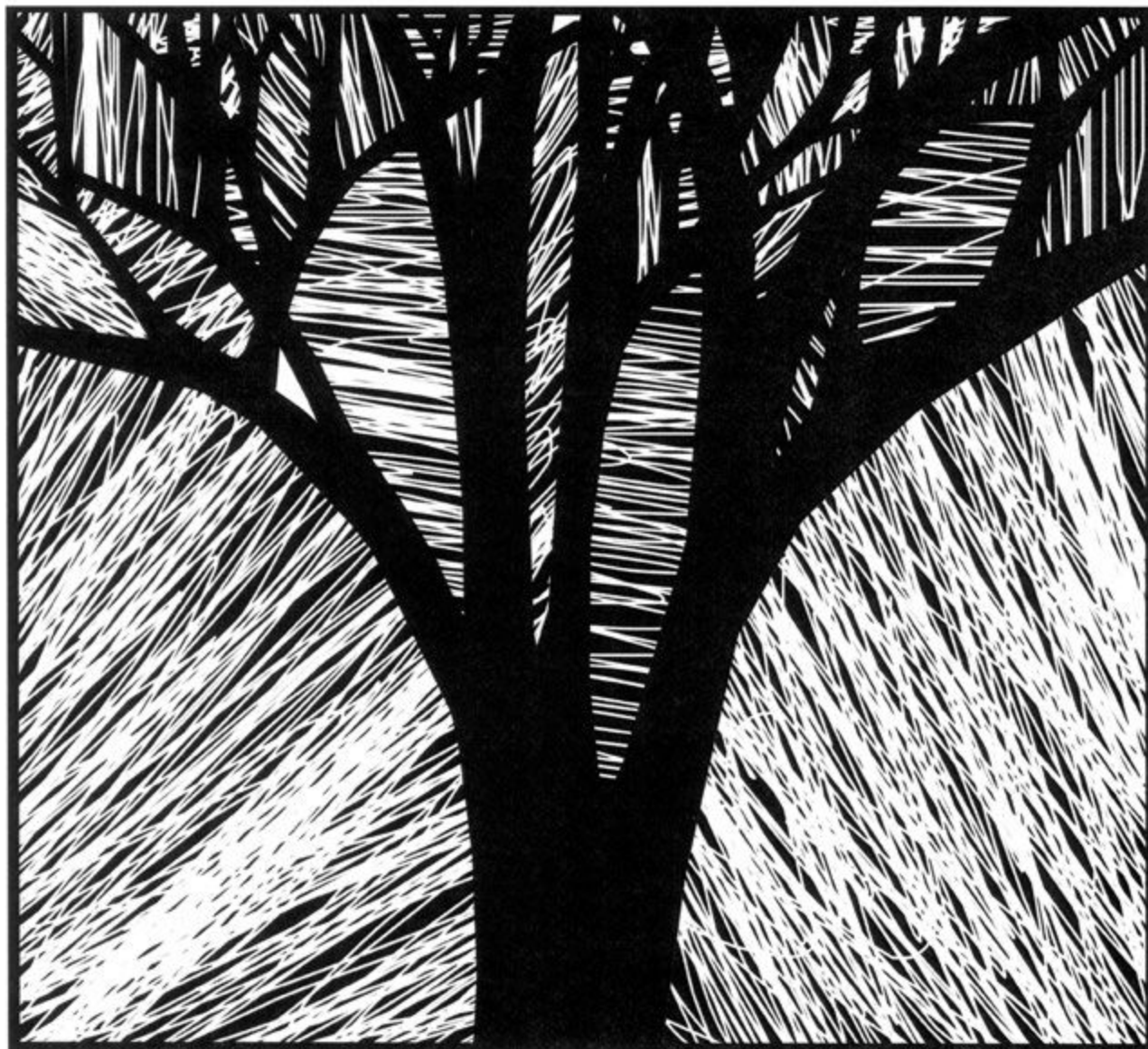
El cardón es el hijo del desierto. La señal de la tierra ganada por el desierto. A la hora del poniente es cuando se muestra más solitario y misterioso. El mar se desvanece a sus pies en un cansancio súbito, y entonces el cardón implora el rocío, las tierras fecundas, los cielos estrellados. La madera del cardón es excelente para vigas y canaletes, pero se daña pronto cuando está en tierra. Vigas para sujetar techumbres y remos para ir por el mar. No acepta el cardón destinos ruines. Quizá algún indio poeta explicó su origen según una fábula antiquísima, y por esto –por

tener entre sus propiedades alguna virtud secreta–, era loado, motivo de canciones en las fiestas lunares, junto al mar, en las tardes de precoces luceros.

Tal vez el cardón pueda inspirar un estilo y florecer en los frisos y columnas, como el acanto y el loto y la azucena. Tiene el cardón la altivez de los cedros, de los cedros sublimes ensalzados por los profetas, y la gracia del ciprés grata a los dioses. Pero la obra maestra del cardón es la flor. Sin sombra ni murmullo, su flor es el deseo de dar de sí algo hermoso, ejemplo de voluntad y amor a la belleza. Se comprende al observarla que el cardón ha trabajado su flor con arte plateresco. No tiene la culpa el cardón, el cardón de las soledades, si los ojos del viajero indiferente no descubren en su gloria nada capaz de hacerlo amar para llevarlo a los jardines con la verbena y la rosa, con el narciso y el laurel junto a una fuente. Y tampoco si no saben apreciar su intención generosa. A pesar de su exterior adusto tal vez sueña con la estrella lejana, y en ofrenda a ella da lo que le permite su tosca naturaleza. Culpa suya tampoco es

si no derraman aromas y resinas copiosas y no levante en aéreo tallo su lis rojo o blanco como el girasol de áureo ruedo o el jacinto purpúreo. Recogido en sí mismo dirige su mirada hacia adentro, en el deseo de explorar todo su mundo misterioso. ¿Hallará algo digno de su amor y de su deseo? Sí, y de su

meditación surge esa flor en las tierras áridas, en el paisaje sin ruiseñores. Flor nectararia. Las abejas silvestres labran su miel en el cardón. Flor de sinceridad. La fruta del cardón es roja. Yaragüey lo llaman en los llanos de Barcelona; su flor abre con la aurora.



## LA FIESTA DEL ÁRBOL

*El árbol cuya gracia escapa siempre  
victoriosa de semejante retórica.*

No es probable que esta fiesta haya conseguido infundir a los venezolanos amor al árbol. Ya son muchos los años y el amor al árbol no aparece por ninguna parte. El venezolano no ama el árbol y uno de sus mayores deleites es derribar alguno. Ya de antiguo se hacían grandes talas y hasta se llegó a creer que los árboles constituían un peligro para la salud pública. Existe al respecto disposiciones del ayuntamiento. Esa inclinación al desierto, esa hostilidad contra el árbol permanece viva en el fondo del alma venezolana. Recientemente los chaguaros del Guaire fueron cortados. Los árboles de las calles fueron cortados. Por eso es tan gracioso el episodio del guanábano cortado y de los alquileres de Rizo. El casero halló un pretexto lírico para subir

los alquileres. Idea genial con que el casero consiguió cubrirse como otros se cubren con el fervor democrático o su nunca bien ponderada vigilancia y preocupación por la escrupulosidad de los otros en el manejo de los fondos públicos.

Podría creerse en cierta predisposición al ascetismo, en amor al yermo, pero eso revelaría otros jardines interiores. Su verdadero gusto está en la aridez, en el cemento, el mosaico artificial a doce bolívars el metro cuadrado. Los patios fueron eliminados del interior de las casas. Hay que ver el gusto con que toda una población se achicharra bajo las platabandas en el mediodía tropical donde solo por casualidad o por milagro se recorta la sombra y el esplendor de un árbol.



Una de las leyes más utópicas es quizá la Ley de Bosques y Aguas. Los bosques servirán para brindar con el tiempo una de esas talas o quemas en cuyos difuntos troncos y cenizas, llevadas por el viento, encontró el poeta una imagen de las dichas terrenas. Un maestro o un funcionario perderá el tiempo en demostrar la necesidad de cumplir leyes semejantes. El hombre de los campos –y el de la ciudad– lo mirará de arriba abajo y esperará la ocasión propicia para burlarla. Creerá con tales medidas en una insoportable

tiranía, o no creerá en ellas. Por lo mismo eso desfiles escolares con arbolillos y Banda del Estado son perfectamente incoloros e inútiles. Son cuando más motivo para la información de corresponsales oficiales o para un mal discurso en elogio del árbol cuya gracia escapa siempre victoriosa de semejante retórica.

*ElHeraldo*, Caracas, 1 de junio de 1937.

## ÁRBOLES

*La ciudad se vuelve más árida.  
No tendrá ya en los días tórridos  
el escaso frescor de sus árboles.*

Los árboles de la ciudad desaparecen o están en camino de desaparecer. Algunos troncos en la vía pública muestran los estragos del hacha municipal. En el patio del Capitolio cortaron también las típicas araucarias que daban antiguo verdor. En otras ciudades siembran más árboles cada día, pero aquí siegan o comienzan a segar los pocos árboles con que contábamos. La ciudad se vuelve más árida. No tendrá ya en los días tórridos el escaso frescor de sus árboles.

Algunas voces claman contra los árboles. No se explica bien esa guerra contra los árboles. El accidente del martes de carnaval no puede ser la causa de esa sentencia de muerte. Fue un accidente bastante casual.

No todos los días van a caerse árboles sobre los autobuses. Los árboles en malas condiciones pueden ser reemplazados por otros nuevos. Existen unas máquinas por medio de las cuales se puede arrancar de raíz los árboles enfermos o secos y existen métodos para trasplantar árboles intactos de la montaña a la ciudad. En pocos días se puede plantar un hermoso parque y un bosque. Los árboles traídos en camiones son plantados con todo su frescor en el centro de la urbe.

No puede explicarse esa tala de árboles sino por un odio ancestral al árbol. Un sabio venezolano escribió sobre los árboles y las talas de árboles en Venezuela. Parece que en el centro de Venezuela no

hay árboles viejos. El Samán de Güere es rarísimo. Comienza a serlo la Ceiba de San Francisco. En los días de la Colonia el Ayuntamiento ordenó la tala de árboles en Caracas, porque se creía que eran la causa de las epidemias. Ahora también se ha abierto una campaña contra los árboles. Caigan todos los árboles.

No obstante, todos los años se celebra con la mayor seriedad la Fiesta del Árbol. Los muchachos de las escuelas son conducidos en procesión con música y cohetes a plantar unos arbolillos que no crecen nunca o que luego han de ser cortados. Esta Fiesta

del Árbol es una simple fórmula con que se quiere mentir el culto del árbol como se fingen tantas otras cosas; un desagravio por los atentados contra el árbol. Una fiesta que en definitiva debe abolirse, porque aquí muy pocos quieren los árboles. Les parece más la aridez ciudadana que es una imagen de la aridez de las cabezas. Aunque ahora, según parece, tendremos hortalizas en las azoteas. "Jardines colgantes". ¡Pobres árboles!

*El Heraldo*, Caracas, 13 de marzo de 1939.

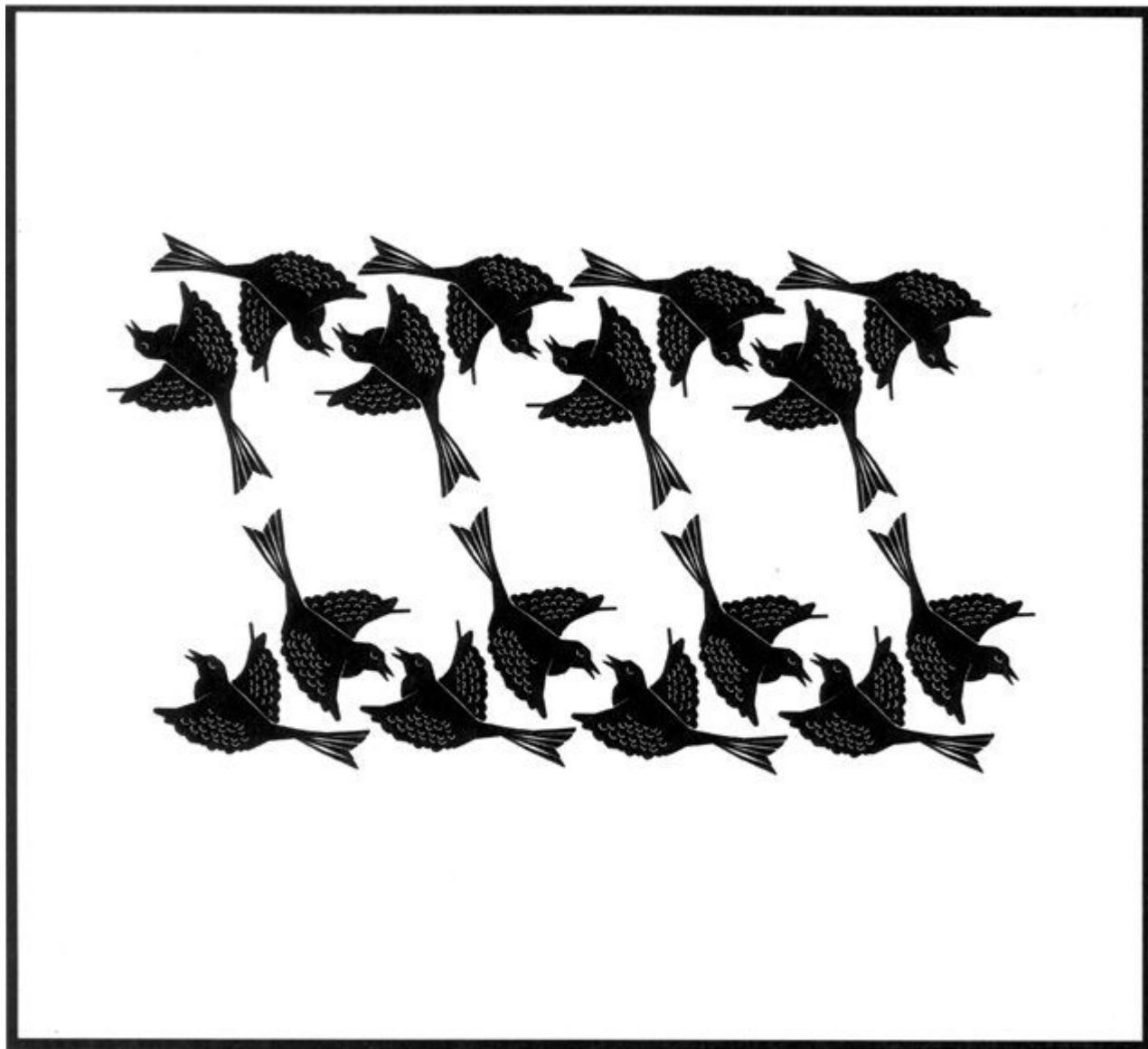
## FLORES

*La flor silvestre que el poeta arrancó  
cierta mañana de regreso.*

En estos días de mayo se esmeran nuestros escritores en hablarnos de plantas y flores. Piensa uno en aquellas otras flores de los campos de batalla. Y en la guerra de gases que se anuncia. Y en los pueblos nuestros sin comestibles. Cuántas veces al ir por un camino pregunté a la campesina de la puerta del rancho el nombre de una flor, y no supo decirme el nombre. Y le pregunté al peón que venía por la vereda y tampoco supo decirme el nombre. Flores en

el monte o asidas a los árboles corpulentos que aún pueden hallarse en pie. No pueden nombrarse estas flores de raros colores y formas. Hay que referirse a ellas por sus colores. Otras tienen nombres pintorescos, extravagantes. Flores hay muchas no mancilladas o ajadas en ferias políticas. Para hablar de esas flores es preciso salir por los caminos. Solo así pueden hallarse. La flor silvestre que el poeta arrancó cierta mañana, de regreso.

*El Universal, Caracas, 15 de mayo de 1942.*



## MUERTE DE LOS PÁJAROS

*El pequeño cantor yace con las alas abiertas,  
ensangrentado y revuelto en tierra.*

*Diríase que con él ha muerto el paisaje.*

*Ha muerto el cielo azul.*

*Y también ha muerto algo de nuestro espíritu.*

Puesto que no es conveniente hablar de la guerra ni del marxismo ni del petróleo ni de la lotería –nunca compro billetes y siempre recomiendo a mis amigos y lectores que no los compren–, ni siquiera contra el inciso –ya se sabe cuál–, pues puede parecer maniobra hitlerista, hablemos de los pajarillos. Julio Garmendia –¿estuvo Julio Garmendia en el almuerzo del mayor Armstrong?– ha escrito un poema, “El Cucarachero”, que viene a sumarse con honor a otros de igual motivo. Es conveniente que esta dramatización de los pájaros, esta elección de ellos para

los asuntos poéticos. Hay países que aman los pájaros. Hay literaturas donde el pájaro tiene lugar preferente. Si los pájaros desaparecen del paisaje, de la vida misma, quédense al menos en la poesía, ese otro paisaje o expresión ideal. Pronto no habrá pájaros, a no ser, si llega el caso, los otros pájaros mecánicos, de alas bramadoras y potentes. Actualmente gran número de personas, de todas las edades, se entrega al deporte de matar los pájaros, de exterminarlos con una ferocidad digna de mejor causa. Estos seres graciosos alados, merecían mejor suerte, ¡si pudiéramos ver en nuestros parques

los pájaros sueltos, si estos pudieran acostumbrarse a frecuentar ciertos sitios, o al menos dispusieran de alguna zona de seguridad donde estuviera prohibido darles muerte! ¡Si fuéramos mejores! Pero los pájaros son muertos, aplastados. Los aplastan como las bestias feroces aplastan con sus patas las cosas leves. En el parque “Los Bárbaros” de Los Teques, acaso el verdadero parque que ha existido en nuestro país, había en otros años una gruta o rincón reservado a los pájaros. Los había en gran número. Hoy no queda uno. El mismo lugar que les estaba destinado fue destruido.

Triste suerte la de esos cantores de alas centellantes. Han corrido la misma suerte que el árbol. Idéntico destino. Aves y árboles son inseparables. Cuando se ve el cielo azul en el monte sin árboles se echa de menos lo uno y lo otro. El Ávila casi ha sido despojado de los bosques. Es impresionante el silencio. Tarda el pasajero en oír un canto. A veces se familiariza uno con estos

seres. Vienen a cierta hora. De pronto desaparecen. Los han muerto. Días pasados, en Sanchorquiz, en el viejo camino de La Guaira o calle de las siete leguas, una pandilla de muchachos se alegraba matando pájaros. ¿Si no matan pájaros en qué van a divertirse?, preguntan. Pues en cuidarlos. Matar pájaros no tiene nada de divertido. En cambio, cuidarlos tiene mucho. Triste cosa la de que los niños maten los pájaros. Si no aman los pájaros, ¿qué han de amar luego? Las toneladas de explosivos lanzados desde el aire, los grandes incendios que se divisan desde lejos. La barbarie infantil es el resultado de la otra barbarie que los rodea y ampara. El pequeño cantor yace con las alas abiertas, ensangrentado y revuelto en tierra. Diríase que con él ha muerto el paisaje. Ha muerto el cielo azul. Y también ha muerto algo de nuestro espíritu.

*El Universal*, Caracas, 31 de agosto de 1942.

## NIEBLA Y JARDINES

*Como si los muertos no reclamaran  
también la sombra de un árbol.*

Los restos de Juan Vicente González se han perdido. Se sabe que fue enterrado en Los Hijos de Dios, el viejo cementerio hoy en ruinas, pero no ha sido posible identificar el sitio preciso donde fueron depositados sus restos. Los libros del cementerio desaparecieron después de que la política obligó a clausurarlo. Solo con ellos podría averiguarse la situación del nicho. Grande sería hoy la risa del gran periodista, su indignación, al ver el acicalamiento, la mezquindad y la hipocritona ñoñez de su propio país en el presente. Reléanse sus páginas y se tendrá una vaga idea. Grandes cosas diría ante el fenómeno de los mixtificados que se automixtifican con tanta solemnidad y cómico desenfado. Nada de raro sería que su cráneo

haya estado largo tiempo en la mesa de algún profesor de anatomía o en poder de algún estudiante, de esos que violan fosas para apoderarse de restos humanos y no solo estudiar en ellos sino someterlos a toda clase de irreverencias. Puede también haber sido víctima de alguna venganza póstuma. No han pasado cien años y su huesa es y ha sido ignorada. También no está de más recordar que a la clausura del cementerio, cuando se exhumaron los restos de otros hombres notables allí depositados, nadie recordó al que fue en su patria auténtico genio de su época.

Las lápidas de mármol con inscripciones y símbolos funerarios –aún se ven algunas con la columna rota y la encina desgajada– fueron robadas en gran número



y compradas por los marmolistas. Otras pueden verse desprendidas junto a los nichos vacíos. Los que las ofrendaron con promesa de amor constante, de imposible olvido, también han muerto. Han pasado las nieblas que bajan de la montaña cercana.

Este rincón del Cementerio de Los Hijos de Dios podríamos convertirlo en un jardín y dedicarle allí un monumento a Juan Vicente González, ya que no podemos honrar sus restos. Hace pocos años se pretendió transformar aquel sitio en una urbanización de casas baratas como si no hubiera otros sitios y como si los muertos no reclamaran también la sombra de un árbol o una sombra de piedad. El ejemplo cundió, y como ocurre siempre, ya existe un proyecto de urbanización sobre los viejos cementerios de Valencia. Algo macabro, de no muy buen agüero, resultan esos proyectos de construcciones de viviendas sobre despojos humanos.

Ocurre con esto lo que con ciertas propiedades que tienen y adquieren un valor espiritual. No podemos defenderlos y caen en poder del extraño. El extranjero pasea la mirada satisfecha a su alrededor. Es el amo, ha comprado todo, lo que es también un modo de vivir

sobre los despojos de otros. La renuncia de los grandes deberes comienza por el abandono de la casa donde hemos vivido o de los huesos de los muertos a la especulación. El amor al país, su vida misma se forma de todo esto. En cambio, nada dicen a un espíritu estéril o al espíritu de un país si ha muerto. No les concede valor y los abandona con indiferencia. Es el momento favorable que aprovecha el extraño.

Desde la colina de Los Hijos de Dios se distingue el hotel construido recientemente con el nombre de Ávila en lo que fue Gamboa. Los jardines de Gamboa desaparecieron hace tiempo. El hotel o fonda de extranjero es símbolo de todo esto, en medio de otros tantos símbolos.

Con jardines y nieblas, sobre todo con jardines desaparecidos, muy bien se podrían escribir varios poemas o un solo poema: el dolor nuestro por las cosas que pasan a poder del extranjero sin que tengamos poder o capacidad para defenderlos. Las nieblas corren presurosas por la montaña.

*El Universal*, Caracas, 3 de noviembre de 1942.

## ARÍSTIDES ROJAS Y ESAS FLORES DEL CAMINO

*Se solazaba y estudiaba esas flores  
y plantas que adornan las cruces en los caminos  
y los altares en el hogar pobre  
y dan su aroma a las tradiciones  
y a los arcones familiares.*

El nuevo médico se acerca en algunos pueblos de Trujillo y en Barquisimeto, Mérida, Maracaibo y Puerto Cabello. Desde el principio se halla con un rival poderoso a quien hasta entonces solo conocía de oídas (...). Ahora experimenta la influencia del curandero, sabio en conjuros y ensalmamientos, que conoce todos los males y la virtud secreta de las hierbas, incluso las que sirven para unir o separar voluntades; y prepara talismanes, filtros, brebajes de mágico efecto. El sombrero del curioso aplicado a las mordeduras de serpiente detiene los efectos del

veneno, mientras llega a practicar la cura desde su vivienda lejana. Lo importante es saber cuál de los dos saldrá victorioso de ese encuentro, si el sabio del campo o el de la ciudad. Por lo pronto el médico salido de la Universidad anota todo lo que ve (...).

En las paredes de las viejas viviendas, junto a las imágenes de los santos y las cruces de palma bendita, cuelgan manojitos de espadilla, la planta de flor amarilla con los pétalos en forma de media luna, auxiliar del médico de aldea que hace bajar la fiebre. “Ya tomó su agua de espadilla”, dice la madre,

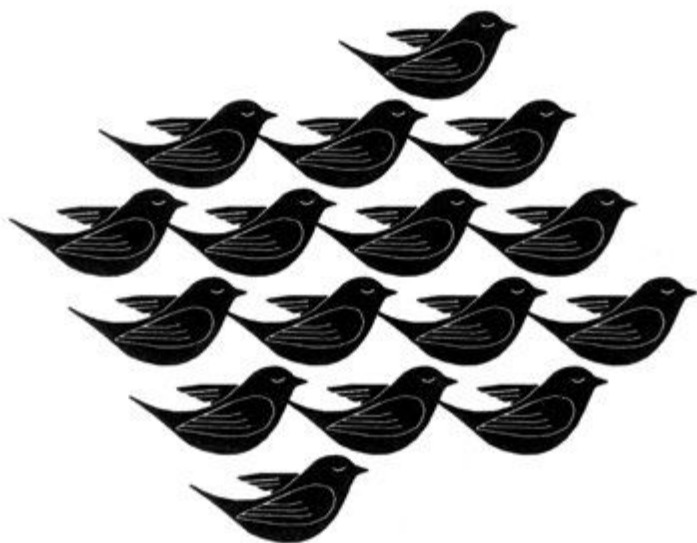
mientras el médico toma el pulso al niño enfermo. Ciertas plantas típicas se ven en esas viviendas de campos y ciudades. Son las plantas aromáticas, medicinales o religiosas del hogar pobre, las cuales conocemos desde la infancia. En sus viajes de médico y naturalista Arístides Rojas ha descubierto el encanto de esos patios y rincones humildes donde florecen las virtudes sencillas. Este descubrimiento le pertenece por entero en Venezuela. Al contrario de los que afectaban no ver nada a su alrededor en el suelo nativo, Rojas se solazaba y estudiaba esas flores y plantas que adornan las cruces en los caminos y los altares en el hogar pobre y dan su aroma a las tradiciones y a los arcones familiares. Ahí están la pebetera, el romero, la malagueta, la borraja y la pesgua; la yerba de clavo y la angelonia, la escorzonera, la sidra, la manzanilla, la yerbabuena e infinidad de hojas y raíces cuya virtud curativa aumenta si son recogidas a la luz de la luna la noche del Viernes Santo. Allá está el caudal de oro y plata de las florecitas silvestres; las flores moradas o azules de pascua; las buenas tardes de monte y de

jardín; la rosa montaña y la befaría glauca o purpúrea; las espigas y lirios y el cardón. En el Ávila se da la palma tierna y dorada que el indio ofreció para la fiesta del Domingo de Ramos. También se encuentran allí las flores de los araguaneyes y de los apamates, del bucare y la atapaima, el guamacho y el cují o acacia de flor amarilla; la de las clavellinas, la cayena, la berbería y la astromelia. Rojas tiene fervores franciscanos por cada una de estas flores, pero entre todas, su predilecta es la pasionaria. Otros pueblos, dice, tienen el mirto, el olivo y el laurel, nosotros tenemos la pasionaria, flor del alba y del ocaso. La hay de dos clases: la pasionaria flexible o enredadera y el árbol o pasionaria glauca. “En ninguna parte –dice Rojas– la he admirado tanto como en el altar del hogar pobre”. Su amor por estas flores humildes llega a simbolizarlo en un pequeño relato que parece entresacado de algún poema pastoril, episodio fúnebre en medio de gozosa primavera. Cierta mañana, al pasar la quebrada de Baruta, Arístides Rojas se halló con unos labradores que llevaban un blanco ataúd y se dirigían al templo

de Chacao. Sobre el ataúd se veía una corona de clavellinas amarillas, helechos y flores del naranjo. Los cargadores se detienen para reemplazarse y Rojas les pregunta a quién llevan a enterrar. “Es una niña que ha muerto –le responden– en el mayor infortunio”. “Y esas flores –pregunta–, ¿son recuerdo de ustedes?”.

“No, eran sus flores preferidas que la consolaban en sus padecimientos y quiso que también la acompañasen en la muerte”. Y los labradores se alejan con su carga en medio de las colinas llenas de sol.

Arístides Rojas, *Anticuario del Nuevo Mundo*, 1944.



## LOS ADORNOS DEL SAMÁN DE CATUCHE

*Es el árbol que dio sombra  
a los sueños de nuestros primeros poetas.*

Hace un año escribía yo en este mismo diario y en defensa del samán de Catuche lo siguiente:

Existe un proyecto de ornamentación, un nuevo peligro para el samán que no necesita bancos donde los paseantes puedan sentarse a verle morir ni otros adornos de baratillo. Le bastaría su cerca formada de cañones de viejos fusiles. Es lo más apropiado. En el informe de Fontana –el técnico forestal Emilio Fontana–, se indica que es preciso abrir en torno del árbol una circunferencia de varios metros para que pueda recibir conveniente cantidad de abono nitrogenado. Sobran, pues, los adornos con que se pretende desagraviarlo.

La municipalidad tomó cartas en el asunto, se escribieron informes, oficios, se hicieron transcripciones, que con otros y otras de más reciente fecha fueron a dar a las gavetas de la dirección de obras públicas municipales. Suerte reservada a la inmensa mayoría de oficios e informes que en Venezuela se envían de una parte a otra. De una oficina a otra oficina. En torno del samán de Catuche ya están instaladas los adornos de baratillo con el beneplácito de todos aquellos que tienen predilección por esa clase de adornos.

Contra lo dispuesto por las autoridades municipales ha sido despojado de su amplia baranda de viejos fusiles, reemplazada por otra, más propia para un tierno arbolillo que para un árbol corpulento. A los lados han

instalado unos bancos y fuentecillas o cosa por el estilo que resultan en aquel sitio sencillamente ridículo. Así lo ha dispuesto el señor Felipe Gagliardi, propietario de los nuevos edificios adyacentes y a lo que parece del mismo samán. El señor Gagliardi, como tantos otros, se esfuerza en demostrarnos que la República está en deuda con él por esas construcciones, fruto de la “colaboración privada”, etcétera, y se anuncia a bombo y platillo –los recursos de la publicidad son innumerables–, que la plazoleta del samán, obra del señor Gagliardi, será pronto entregada a la municipalidad. Es decir, le será entregada a la municipalidad o Junta Municipal una plazoleta que le pertenece, con obras de ornamentación que el propio municipio prohibió hacer. O entregará lo que queda de la antigua plazoleta del samán bastante mutilada, que muy bien podría ser símbolo de otras mutilaciones.

Tampoco se ha dado cumplimiento a las recomendaciones del técnico Fontana en lo tocante al cuidado del árbol. Si bien se le ha hecho la circunferencia, la cual tendrá seis metros escasos, no se le ha adicionado la cantidad de abono nitrogenado. Ni se le ha hecho la

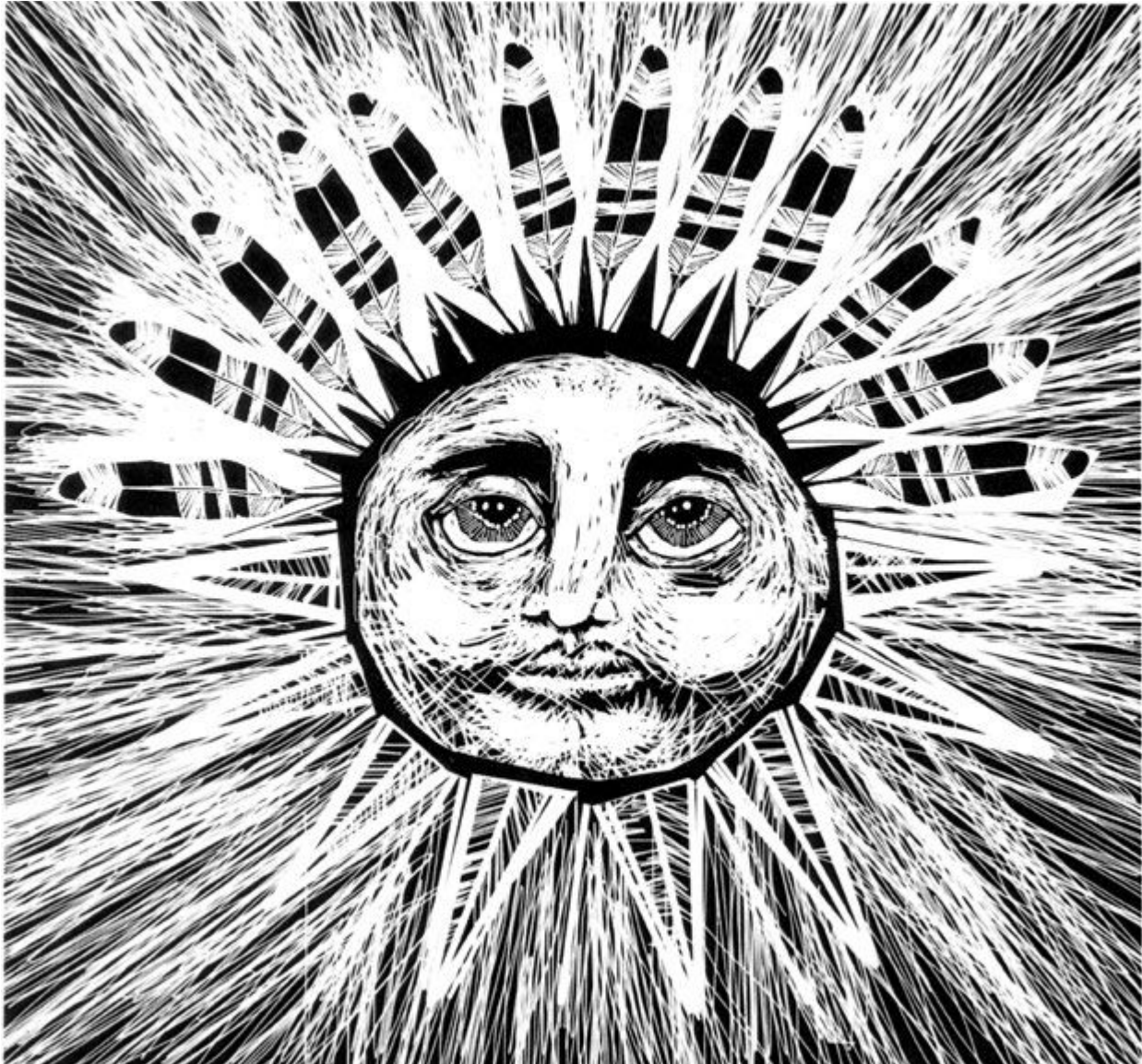
requerida limpieza en las ramas ni se le ha dado al tronco la pintura con cal y azufre. Según Fontana el árbol se encontraba al final de su existencia, lo cual no parece cierto. En la estación de las lluvias a pesar del polvo de las fábricas vecinas, que oscurecía su follaje, estaba en todo su esplendor. Ya conocida la longevidad de estos árboles. El samán de Catuche aún no cuenta doscientos años. Su padre, el de Güere, según calcularon sabios viajeros encantados con su magnificencia, estaba en la época de descubrimiento lo mismo que en los comienzos del ochocientos. En todo caso su vida puede prolongarse si se le presta a tiempo ciertos cuidados. El samán de Catuche o de la Trinidad está prácticamente prisionero en medio de una serie de construcciones adyacentes que valen propiamente lo que el samán. Bajo un lenguaje de finezas insinuaciones –el propio lenguaje de los bancos de cemento– se ocultó el interés y el vehemente deseo de cortarlo. Es una antigualla y las antiguallas deben desaparecer. Pero este árbol es quizás el más antiguo de la ciudad, acaso su más preciada reliquia. Es el árbol que dio sombra a los primeros sueños de nuestros primeros

poetas. Representa en cierto modo su tradición lírica. Sin embargo, a menudo se cambia un viejo árbol por unos bancos de bajo precio. Se cambia oro por baratijas. Se trueca lo más por lo menos. Y si la necesidad y el hambre pueden forzar a vender la primogenitura por el plato de lentejas, la venta se hace a veces sin esa necesidad, por simple amor a lentejuelas y abalorios. Sin embargo debe saberse que la misma “colaboración privada”, con todas

sus grandezas, tiene sus límites, y si cuenta con formidable número de protectores o defensores, el samán no se encuentra solo. Y la ciudad, a la postre, puede al menos pedir que se quiten esos adornos ramplones indignos del samán.

*El Nacional*, Caracas, 23 de febrero de 1946.





## MANZANAS

*En otro tiempo, se lee en viejos libros,  
el valle de Caracas producía en abundancia  
manzanas, melocotones y membrillos.*

En estos días un aroma de manzanas se expande por las calles. Las tierras que las producen están lejos. Son manzanas argentinas o norteamericanas. Las venden a un bolívar o real y medio, rosadas y áureas, verdaderas gotas de oro. En otro tiempo, se lee en viejos libros, el valle de Caracas producía en abundancia manzanas, melocotones y membrillos. Estos últimos llegaron a ser silvestres. Todavía los de este siglo alcanzamos a ver las cosechas de durazno de Galipán y de Macarao, San Pedro, etcétera. Hoy no. Los pueblos de los alrededores, las mismas poblaciones de la tierra adentro, no producen frutos sino en muy escasa cantidad. A veces se halla en algún camino por San

Pedro de los Altos algún duraznero reseco y cubierto de polvo. En Galipán producen los viejos árboles que todavía existen, pero nadie se cuida de plantar otros nuevos. Nosotros, pueblo rico, hemos abandonado el laboreo de la tierra. Se venden en nuestras calles lo que cosechan otros pueblos. Que trabajen para nosotros argentinos, chilenos, colombianos, norteamericanos, holandeses, suecos, ingleses y todos los demás pueblos de la tierra. Nosotros divagamos en los cafés. Perdemos lo mejor de la existencia en los ocios de la ciudad. Tenemos abundancia de partidos. No hay venezolano que no tenga su programa de gobierno, el secreto de la felicidad de la tierra. Se admiran muchos

de la abundancia de cuentistas. Pero el número de estadistas es mayor todavía. Ya veremos las constituciones y constitucionalistas. Lo que no hay son frutos. Nuestros campos parecen abandonados. La agricultura, según parece, es propia de pueblos inferiores, de pueblos esclavos. Mejor es el urbanismo. Las urbanizaciones. Lee uno que la decadencia del pueblo romano comenzó cuando grandes áreas de terreno fueron dedicadas a mansiones de placer, extensísimos jardines. Lo que Roma consumía se llevaba de pueblos distantes. Sus magnates estaban rodeados de filósofos, de poetas, oradores, retóricos, esclavos. El pueblo se distraía en los juegos públicos. En el valle de Caracas las tierras que antes producían excelentes cosechas se han convertido en extensos barrios de residencias con cines y jardines. Hay profundo contraste entre el Ávila grave y majestuoso y los jardincillos adornados con frutos, las muelles avenidas que han extendido a sus pies, en el sitio de antiguos cafetales, de huertos y granjas numerosas. Ya nadie siembra y es lo que me decía un campesino encanecido, que por lo mismo ya

no abandona la tierra: “¿Qué hace un país con todo el dinero del mundo si no tiene qué comer? Otros países le quitarán el dinero”. Así es en efecto. Y no solo el dinero. La observación de este campesino se viene a la mente cuando se ve esta abundancia de manzanas en las calles de Caracas.

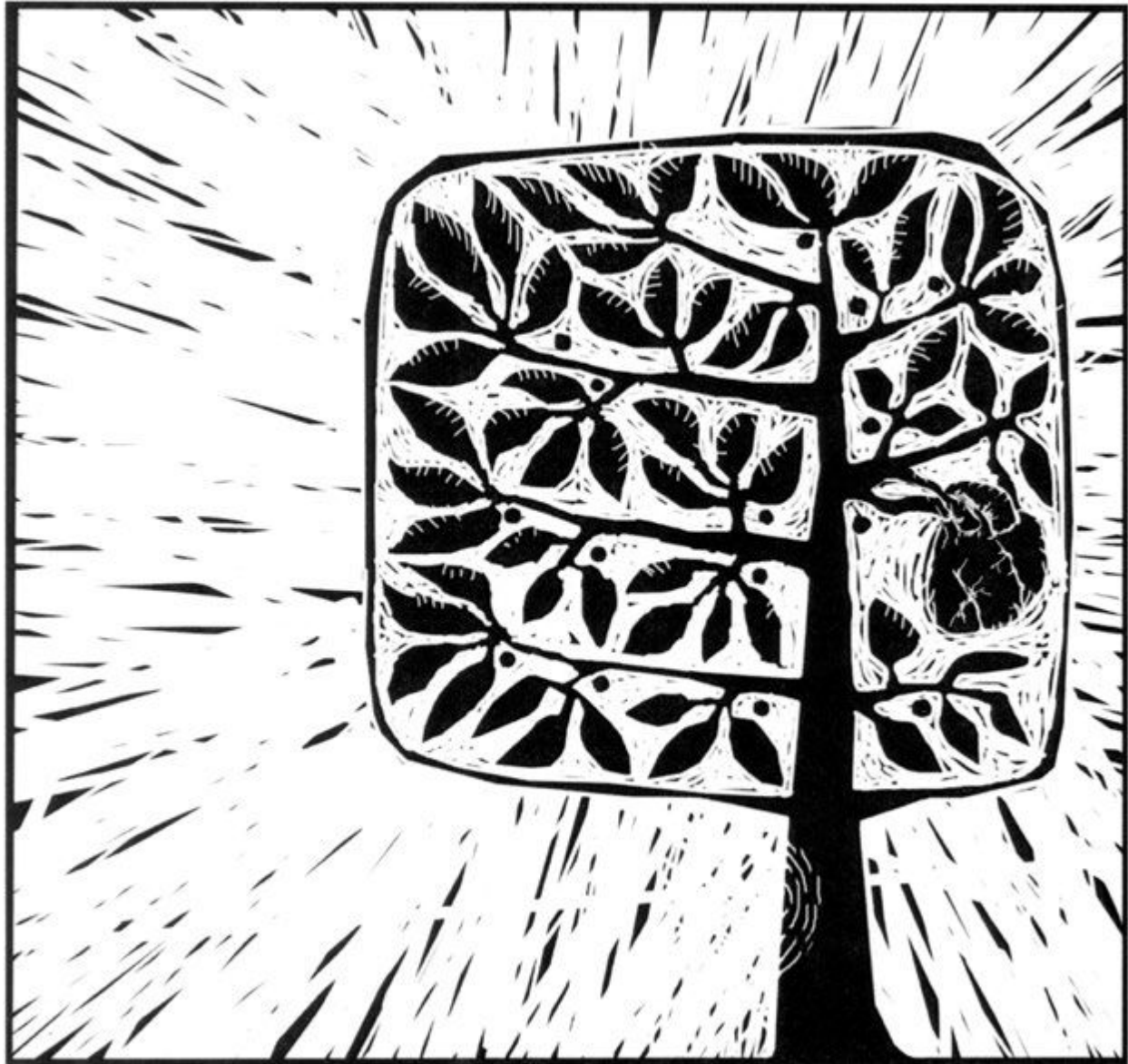
Puede verse además la multitud de hombres fuertes entregados a oficios poco lucrativos e impropios de su misma edad y condición. Los alrededores del histórico de San Jacinto, para no ir más lejos, presentan el más curioso y no menos histórico espectáculo, demostración de cómo se aprovecha o desperdicia en nuestro país gran parte de energía humana. Allí puede verse a un hombre en lo mejor de su edad dándole a una bolita pegada a una raqueta de ping-pong. Más allá un mocetón, capaz de echar abajo un bosque y sembrar un fundo, tiene en los brazos un cajoncito lleno de horquillas, peinecitos y jabones. Junto a él otro que no le cede en talante y robustez se dedica a la gloriosa función de vender una irrigadora brasileña. El demás acá se entretiene en hacer pompas de jabón para demostrar

la novedad de su producto. Todos estos hombres se contentan con poco.

En general diríase que no tienen ninguna aspiración. Les basta con ir al cine y hacer una mala comida. Mientras tanto los campos están desiertos y abandonados. Puede usted encontrar en un pueblo

nuestros jugos, a los que se dice, de frutas preparados en California, papas chilenas o manzanas argentinas. Nunca un plátano o una naranja de propia cosecha.

*El Nacional*, Caracas, 14 de agosto de 1946.



## DEFENSA Y MUERTE DE LA PALMERA

*La historia de Caracas, de Venezuela,  
en los últimos cincuenta años (1948)  
puede escribirse a la sombra  
de sus árboles cortados.*

Sobre la palmera del Municipal o de San Pablo cayeron a un tiempo la ingeniería municipal, la comisión técnica de reforestación del MAC la suposición de que allí debían encontrarse los restos de Lamas. Como si no fuera bastante lo que de él nos queda en su obra. Como si no fuera mejor imaginarse que los cubría el jardincillo del teatro y el teatro mismo. Naturalmente los restos de Lamas no han podido hallarse. A menos que hagan con ellos lo que con los restos de Cedeño y Plaza. Como es sabido se perdieron hace tiempo y fueron conducidos luego al Panteón. O como la contestación que dio Crespo a cierto

individuo a quien mandó a buscar unos restos: “No lo he mandado a usted a buscar los restos sino a traerlos”. La ingeniería, pues, se salió con la suya auxiliada eficazmente por la comisión de urbanismo. Lo raro es que mientras se cortan árboles porque estorban el tráfico, se erijan columnillas de cemento en arterias principales, las cuales sirven de blanco y obstáculo a toda clase de vehículos. Y en otras ciudades el mejor ornato de grandes avenidas son sus frescos y anchos árboles. Yo estaba convencido de la suerte que tarde o temprano habría de caer a la palmera. Multitud de veces rogué a fotógrafos amigos que la retratase cuando

se hallaba en su mejor belleza y esplendor, pero no fue posible. La muerte de la palmera ha sido lenta y cruel. Primero mutilaron sus raíces. Luego para establecer el equilibrio, según me explicó un técnico de la dirección forestal, fue preciso hacerle a poda. La comisión de urbanismo recomienda ahora un trasplante, toda clase de mimos y cuidados, y “quede asegurada su existencia y ofrezca el mismo aspecto y belleza”. Y sabe, no obstante, que habrá de secarse.

Un reportero me preguntaba si la palmera es histórica. Simplemente le diré que era una bella palmera y por esto solo ha debido conservarse. Debía conservarse como la ceiba de San Francisco y la de la Bolsa, el samán de Catuche, los cipreses de Los Hijos de Dios, los caobos de Mosquera. Como han debido conservarse las araucarias del Capitolio, los matapalos de San Jacinto y de la plaza Bolívar, los tamarindos de Capuchinos, la ceiba de Candelaria o el cedro sembrado por Ascensión Sánchez en la esquina de Monroy, los árboles de San Martín, el Panteón, los de San Bernardino, los árboles cortados en todas partes.

Si nuestras autoridades municipales se hallaran dotadas de cierto sentido estético, nada hubieran omitido, por oneroso que fuera, para cuidar esta palmera. Pero el sentido estético rara vez tiene que hacer con las actividades municipales, desde el régimen español hasta nuestros días, y así la palmera tenía que ser derribada o trasplantada. Ninguna consideración, ni aun el ensanche de la calle era suficiente para cortar la palmera. Pero el hacha es nuestro primero y último recurso. Las tres letras O.P.M. pintadas en una tabla amarilla son el réquiem del árbol.

Claro que todo es histórico. Nada más histórico que el cielo y la tierra que nos rodean. Los objetos más insignificantes pueden ser históricos. Los son todos aquellos actos menudos, insignificantes a primera vista, que forman el carácter de un país. Y nada más significativos que la falta de sentido poético en una colectividad. Del amor al árbol tan encarecido en teoría, tan desconocido en la práctica. La historia de Caracas, de Venezuela, en los últimos cincuenta años, puede escribirse a la sombra de sus árboles cortados.

Es la vuelta a la colonia. En el último tercio del siglo XIX la tendencia anticolonial se caracteriza por cierto esfuerzo en la creación de parques y jardines. Así surgen el Calvario, los árboles del Capitolio y de la plaza Bolívar, la Misericordia, Capuchinos y Candelaria. Trátase de un urbanismo con árboles. La reacción colonial con su odio al árbol se muestra en todo lo que va de siglo XX. De la tala de árboles viene ese aspecto reseco, árido que toma el contorno ciudadano, el paisaje nacional. Se refleja en lo que se escribe casi siempre,

en la Universidad, en las actividades políticas, en el espíritu nacional, en fin. Es urbanismo sin árboles. Hay otras cosas que son árboles en sí mismos y mueren por causa de la misma penuria espiritual. La casa de Miranda, por ejemplo, lo que de ella quedaba, era un viejo árbol. Y así nada tiene de particular que haya quien encuentre muy natural y hasta recomiende el corte de la palmera en el Municipal.

*El Nacional*, Caracas, 31 de julio de 1948.





## EL PARQUE “DÍAZ RODRÍGUEZ”

*El mejor monumento a quien tanto amó  
aquel paisaje de su tierra nativa.*

La hacienda “San José”, “Juan Díaz” o “La Ciénaga” de Los Dos Caminos, uno de los últimos rincones que aún ofrecen la sombra de sus viejos árboles, se haya a punto de convertirse en propiedad pública. Se salva así de ser urbanizada o parcelada, suerte común e inevitable de las fincas agrícolas en el valle de Caracas. Al pasar a propiedad de la Nación se convertirá en un parque. Ya sabemos lo que esto significa, a juzgar por lo ocurrido en otras zonas destinadas a parques o jardines. Desaparecerá el magnífico adorno de las flores silvestres y con ellas los largos callejones entre cafetos y tablones de caña. Probablemente los árboles de troncos rugosos serán reemplazados por arbolillos de crecimiento problemático. Veremos sus restos hacinados

en caminos y veredas, o destrozados por los automovilistas, como sucede a diario en Los Caobos. También vendrán las flores exóticas, cuando las nuestras caen en desuso o vienen a ser exóticas. La rosa montaña o palacruz, por ejemplo, antes tan común en patios y jardines, comienza a ser ya una flor desconocida. Quizá podremos encontrarla con más facilidad en algún invernadero del Norte. Desaparecerán las cristalinas y doradas acequias y la casa del trapiche, donde hay todavía olor de molienda. Ya no es posible tener haciendas en Caracas, en el corazón de la ciudad que avanza hacia el Este. La industria de la construcción dio un golpe de muerte a la industria agrícola. Los campesinos se convirtieron en albañiles. La ciudad

mata al campo, aunque luego trata de recordarlo en sus parques. La forma, el carácter de sus parques, la zona de arbolados urbanos, los espacios destinados al aire libre, son los que ofrecen con más fidelidad el modo de ser de una ciudad a los ojos de viajeros y habitantes. La adquisición de “San José” ofrece excelente oportunidad para que Caracas –aunque Los Dos Caminos se halle en la ficción del estado Miranda– tenga al fin un parque digno de este nombre, sin que lo amenace la cerca o muralla de viviendas, tal como ocurrió en Los Caobos. Podría conservar en lo posible su aspecto rústico o de jardín silvestre. Conservar sus bucares, mangos, cedros y jabillos. Preservarlo a fin de que no se convierta en uno de esos parques amanerados, sin carácter, sin belleza. Uno de esos parques que parecen hechos expresamente para dar la idea más pobre y casera de nuestra naturaleza. Donde al parecer se suprimen los grandes árboles, las más hermosas plantas, toda exhuberancia. Los mismos cafetos podrían servir de raro elemento decorativo. Además de su maravillosa floración recuerdan un momento

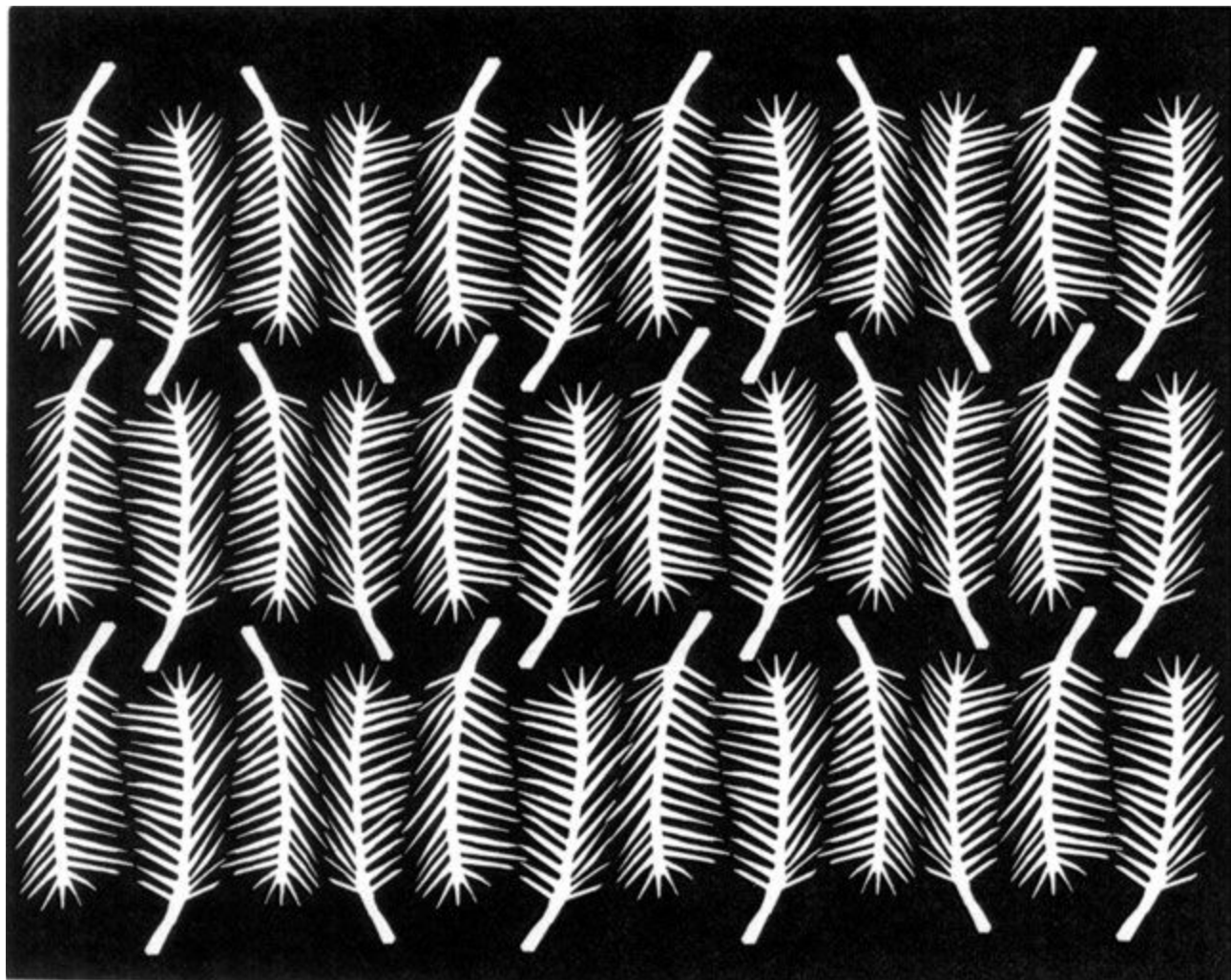
en la historia de Venezuela. La casa del trapiche está hoy a cargo de Eleazar Chapellín, tipo de novela de una época que muere, cuyo retrato podría enriquecer cualquiera colección de pinturas. Sus palabras, acompañadas del hirviente rumor de las abejas, evocan o reviven todo el ayer agrícola. Chapellín achaca el fracaso de famosas empresas, donde se han perdido millones, a la ignorancia de los técnicos y administradores, a los advenedizos que a menudo se escudan con su soberbia intelectual. Es el eterno conflicto entre la teoría y la práctica. Los papelones de Chapellín son el resultado de una ciencia que en vano trataría de buscarse en libros y escuelas, a no ser la suya propia. De él podría decirse lo que de cierto sabio norteamericano, que sus métodos no son científicos, pero sus resultados lo son. Esta casa de pilares debidamente refaccionada, también podría servir al parque.

La hacienda San José es la misma de Díaz Rodríguez, el autor de *Églogas del Ávila* y de esa otra égloga en prosa que llamó *Peregrina*, la trabajó con sus manos. Esas hectáreas de tierra están consagradas

por su recuerdo y también por su pensamiento. Años atrás hubo el proyecto de erigirle un monumento en la casa donde nació, en la hacienda “Los Dolores”, en Chacao, hoy Altamira. Díaz Rodríguez pudo muy bien llamarse Altamira o Altamirano. Sería, pues, de justicia que el nuevo parque se le diese su nombre. Las ventanas de la casa del escritor miran hacia el Ávila, cubierto ahora de lluvias y nieblas. Desde allí se descubren las quebradas del Pajarito, Tocóme y Sebucán que brotan de sus entrañas. El largo diálogo de la montaña y el Ávila o del poeta y el Ávila. Una estrecha escalera conduce al cuarto de trabajo, más propio de hombre dado a rudas tareas del campo que a refinamientos intelectuales. Un modesto y viejo escritorio. La silla de madera, incómoda, sin más brazos ni espaldar que un sencillo y angosto cerquillo de madera. Dedicatorias de Rodó y Amado Nervo. *Elégías* de Propércio. Obras de Chateaubriand, Victor Hugo y Saint-Beuve, *Il Fuoco*, de D’Annunzio.

Una foto del grupo de su curso de medicina. Otra de la conferencia panamericana de Buenos Aires, en 1910. Cerca del tablón de “la Cruz”, al pie de unos mangos corpulentos, solía recogerse a contemplar el Ávila. Tenía preferencia por esa piedra del Ávila, por el silencio confortante y generoso que de él desciende. Fue él quien descubrió una tarde que era de amatista. Manos filiales han cuidado hasta hoy de esa casa construida hacia 1923, al regreso del último viaje a Italia. La vieja casa de la hacienda se hallaba en ruinas. Podría conservarse y tal como se halla, al abrigo de la destrucción, sin que el abandono o el olvido, como ocurrió en Altamira, selle sus puertas. Sería el mejor monumento a quien tanto amó aquel paisaje de su tierra nativa.

*El Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1950.



## EL ÁRBOL NACIONAL

*Un árbol es lo menos que puede  
improvisarse.*

Hace algún tiempo –previa campaña realizada al efecto– el araguaney fue declarado árbol nacional. Elegir un árbol nacional no es futilidad como a primera vista parece. La existencia de los pueblos llega a identificarse con sus árboles. El cedro, el ébano, la palmera, el bambú, el sauce, el incienso, el ciprés y el olivo resumen civilizaciones. Por eso es bastante raro que a un pueblo se le proponga buscar lo que ya tiene, y entre otras cosas un árbol a cuya sombra se ha desarrollado su historia. Un árbol es lo que menos puede improvisarse. Si a un mexicano se le preguntase por el árbol que más sobresale en sus recuerdos nacionales, nombrará enseguida el ahuehuete. Los galos hablarán de sus encinas. Del ombú los de las Pampas del Sur. Los

guaraúnos del moriche. El ideal del “olvido histórico” se realiza plenamente en nuestro país. Se desdeña o ignora la experiencia, el trabajo acumulado de las generaciones. Debido a este olvido comenzó a buscarse un símbolo en el mundo vegetal. La tierra de Venezuela abunda en árboles que suministran maderas útiles y preciosas, bálsamos, alimentos y olorosas resinas. Humboldt se admira y hace constante referencia de árboles gigantes que le hacían perder la cabeza a él y a Bomplandt. Ceibas de enormes circunferencias de las cuales podían sacarse cuatro canoas. Algarrobos de nueve a diez pies de diámetro. Cocoteros de cincuenta a sesenta pies de alto. Artesas para el guarapo de caña labrada en el tronco de enormes jabillos. Menciona,

entre otros árboles, el Samán de Güere que descolló a sus ojos a una legua de distancia en el camino de Turmero, inmensa bóveda vegetal agobiada de flores y plantas parásitas. Lleno de satisfacciones refiere que su propietario –porque el samán tenía dueño entonces–, demandó a un hacendado porque tuvo la osadía de cortarle una rama, y el autor del delito fue condenado. Humboldt lo vio tal como lo hallaron los conquistadores. Y más adelante dice que en la Isla del Burro, en el lago de Tacarigua, un campesino hizo esconder a una hija suya, atrayente moza, en la copa de un samán, mientras pernoctaban en la isla unos cazadores de Mocundo. Venezuela es tierra de samanes, como es también tierra de palmeras.

El araguaney es un bello árbol, no cabe duda, y su madera dura y resistente tiene diversas aplicaciones. Sus flores son de un hermoso efecto en verano. Pero el árbol de vera, el apamate, el bucare, el cedro, el ceibo, el caucho, pueden reclamar iguales derechos. Más que el araguaney podría ser el matapalos, el laurel nuestro, o la palmera que Humboldt llama

“árbol social”, o el algarrobo, cuya goma sirve de antorcha o lámpara en las selvas del Orinoco; no así el samán que a tanta distancia de tiempo sobresale. En su presencia el araguaney viene a ser como una poesía de abanico junto a un poema antiguo y venerable. Ningún otro árbol le aventaja en fuerza, gloria, longevidad y belleza. Cuando Bello quiso hallar una imagen digna del Libertador, no halló otra más procerca, de más profundas raíces en el pasado, que este árbol milenario.

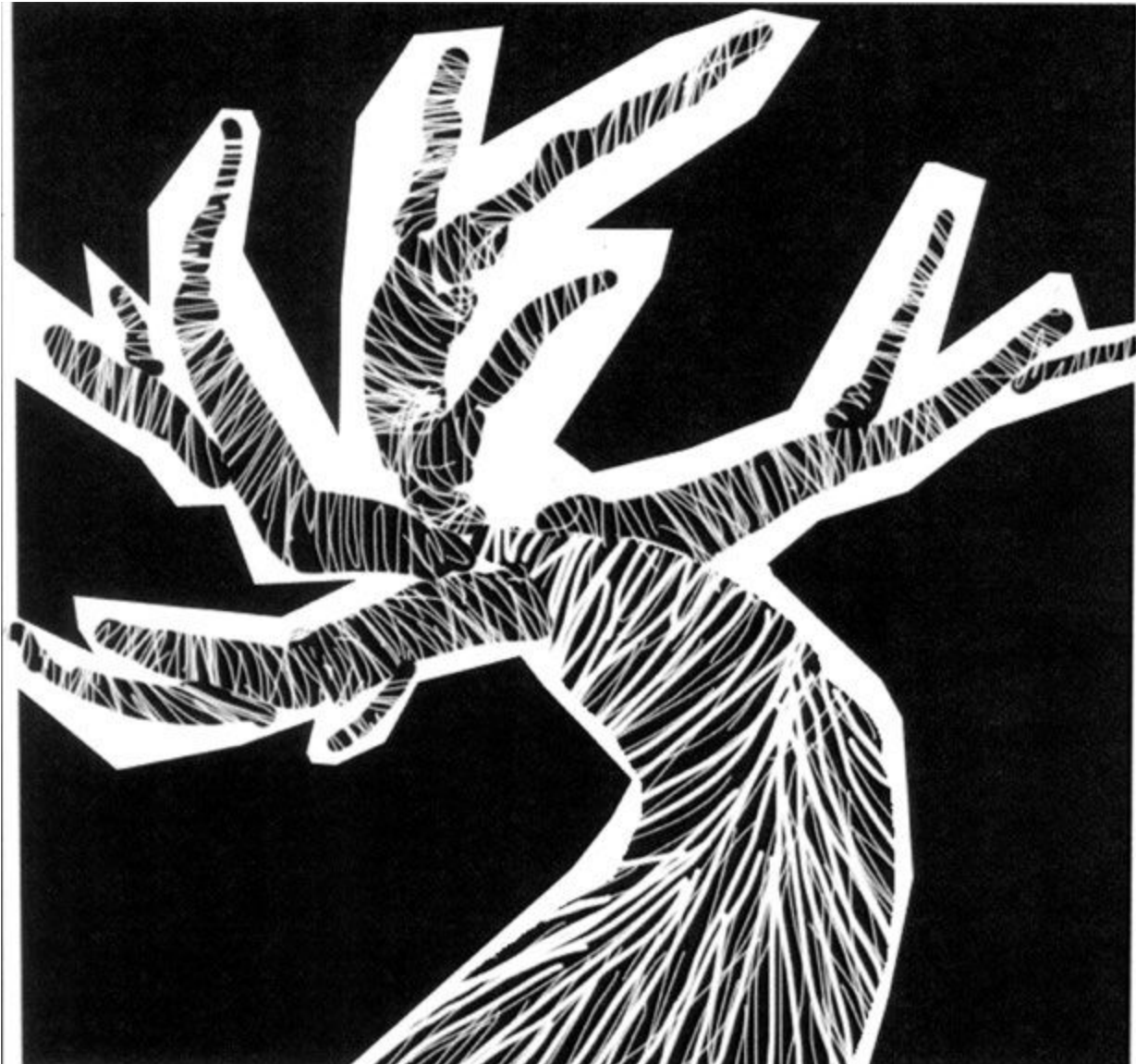
Pues como aquel samán que siglos cuenta  
de las vecinas gentes venerados,  
que vio en torno a su base corpulenta  
el bosque muchas veces renovado,  
y vasto espacio cubre con la hojosa  
copa de mil inviernos victoriosa;  
así su gloria al cielo sublima  
libertador del pueblo colombiano  
digna de que la lleven dulce rima  
y culta historia al tiempo más lejano.

El poeta señala así cuál es nuestro árbol nacional, y lo recomienda al amor de las generaciones venideras. El mismo Bello le dedica al samán de Catuche, vastago del Güere, uno de sus poemas juveniles. Era entonces el árbol predilecto de la ciudad. Se le vio hasta no hace mucho rodeado de una verja hecha con cañones de fusiles, como uno de sus más venerables monumentos. Esta verja fue puesta en 1856. Desde las últimas décadas del siglo anterior la ceiba de San Francisco, asociada al recuerdo de las últimas generaciones, hace relegarse al samán. Este cuenta dos siglos. La ceiba data del septenio, es decir, de ochenta años. Las mudanzas de los tiempos pueden apreciarse en la preferencia por estos árboles simbólicos, adheridos a la historia de la ciudad o del país. Durante nuestro rudo siglo XVII el cedro de Fajardo a la orilla del Guaire. Desde mediados del siglo XVIII, en vísperas de la Independencia, el samán de Catuche. Desde fines del siglo XIX, la ceiba de San

Francisco. La Conquista, el ocaso del Imperio español, el templo, la universidad y la bolsa de valores. Díaz Rodríguez, olvidado sin duda del samán, concede a la ceiba el derecho de ser grabada en el escudo de la Ciudad. En nuestros días el araguaney es elegido árbol nacional. No hay ciertamente un araguaney que como el samán pueda invocar tantos legítimos títulos. Compárese un bosque de samanes con uno de araguaneyes y se verá la diferencia. Del de Güere, dice Codazzi, que a su sombra podía reposar fácilmente un batallón en columna. En torno suyo celebraban sus ritos los indios libres. Ha presenciado el comienzo y el fin de un ciclo histórico. Tiene ahora una existencia ideal, mucho más allá del tiempo y de la extensión que cubrían sus hojas. Todavía, en su intento de reverdecer, quiere demostrar el valor de su estirpe. El samán es nuestro árbol sagrado.

*El Nacional*, Caracas, 25 de mayo de 1950.





## CORTE DE ÁRBOLES

*Mientras más hermoso sea un árbol  
mayor es el peligro que lo amenaza.*

“¿Por qué usted no escribe sobre el corte de árboles en Valencia?”, me dice un amigo con aire indignado. “¿Pero cree usted que eso traiga algún resultado?”, le contesto. Ya el mal está hecho. Además, ¿cuántas veces se ha escrito en los diarios de Caracas y de toda Venezuela acerca de la ruin costumbre de talar árboles? Yo mismo escribí muchas veces sin otro resultado que el de ver el derribo de otros árboles. Siempre una tala de árboles viene precedida de una campaña a favor de los mismos. Es la protesta contra toda defensa que se haga de los árboles. La Sociedad Amigos de Valencia lleva a cabo una reforestación de las tierras que rodean la ciudad. Han plantado no sé cuántos arbolitos los cuales darán ancha sombra si

los dejasen crecer. En respuesta, los encargados de las obras de Camoruco procedieron a cometer un arboricidio. La destrucción de árboles en Valencia viene desde hace tiempo. Frente al Teatro Municipal había unos hermosos apamates, y fueron cortados. Los árboles de la plaza de la Libertad, cortados. En la plaza Bolívar quedan algunos por milagro. Mientras más hermoso sea un árbol mayor es el peligro que lo amenaza. Aquí no hace mucho cortaron los de la avenida del Cementerio como han cortado centenares de árboles en todas partes para reponerlos, eso sí con unos cuantos arbolitos importados. La gente nace con cierta predisposición contra el árbol, una predisposición que no logra corregir la misma Universidad. ¿Ve

usted aquel arbolito que nace? Ya tiene mil ojos que acechan el momento de cortarlo. Hace pocos años, creo que en 1948, vi derribada en Bárbula la más hermosa avenida de árboles que pueda imaginarse, casi todos centenarios, con el objeto, según se informó, de instalar allí una colonia de locos. A un lado y otro del camino se hacinaban inmensos troncos de árboles derribados. Puede que los que hayan cortado los árboles de Camoruco sean escapados de la colonia de Bárbula. La foto publicada por *El Nacional* no deja lugar a dudas. Los hombres que ahí aparecen no pueden ser sino locos escapados de Bárbula.

Los árboles de la Avenida Camoruco, o la famosa bóveda de apamates y de cedros que le daban sombra, procedían de la época de Guzmán Blanco, cuando el ilustre tenía casa en aquel paraje, y cuyas ruinas se vieron hasta no hace mucho. La sucesivas Juntas de Fomento, compuesta de los vecinos, tuvieron a su cargo el cuidado y replantación de estos árboles. Eran vestigios de otra época, de otra mente,

de otro estilo de vida. Una época donde como nunca se dio culto al árbol. Este culto vino a señalar en Venezuela una etapa en la evolución de las costumbres. Las plazas, antes de tierra, o de piedra o ladrillos, se vieron cubiertas de árboles y flores. Se plantaron muchos a lo largo de las avenidas. Hubo ciudadanos cuya memoria podría honrarse solo porque fueron grandes plantadores de árboles. Ernst recibía encargo de averiguar si el gas del alumbrado causaba algún daño a los árboles. Esa tala de árboles en víspera de conmemorarse el cuatricentenario de la ciudad es bastante significativa. No se guardó ningún miramiento a lo que ellos representaban. Eran testimonio de amor a la naturaleza y a la ciudad, de fe y esperanza en el porvenir. En síntesis, el poema acariciado en la mente y el corazón de varias generaciones. Buen asunto para el cuatricentenario el derribo de estos árboles.

*El Nacional*, Caracas, 30 de julio de 1954.

## EL CEDRO DE FAJARDO Y OTRAS REMINISCENCIAS

*Una tarde a mediados del siglo XIX  
el cedro de Fajardo fue cortado.  
La madera sirvió para construir una mesa  
sobre la cual pusieron un retablo de imágenes  
descoloridas.*

El cedro de Fajardo –decíase plantado por el fundador del hato o ranchería de San Francisco– daba sombra a la antigua cuadra Bolívar, junto al Guaire. Señalaba por aquel lado el término del valle y era también un hito entre dos edades. Descendientes de encomenderos, discípulos de la Universidad Real y Pontificia acostumbraban a sentarse allí por las tardes. Leían a Montesquieu y a Raynal, a Voltaire y a Rousseau. Tenían admiración por Washington y Jefferson. Tenían plantaciones de añil, café y cacao, numerosos esclavos y una elegante conciencia de los

derechos del hombre. El oro del poniente se diluía en las aguas del río y un silencio grave interrumpía a veces las conversaciones. Trataban de emancipar su espíritu. En doscientos cincuenta y cinco años el Guaire corrió junto al cedro solitario, mientras la ciudad de Santiago de León crecía hacia el norte. Doscientos años y parecía mucho tiempo. Allí se perfilaban sus torres y la vida seguía su curso como si nada aconteciese en el mundo. Allí estaban los señores de la real audiencia, y los notarios de la bula de la Santa Cruzada y los del Santo Oficio contra la pravedad y herejía, personas

graves y cautas que podían llevar armas: los cobradores de diezmos y los señores de la real audiencia que se titulaban “alteza”, depositarios del real sello, y el verdugo o ministro de la real justicia, un viejo esclavo en la cárcel real; y los expedientes de limpieza de sangre. Los hombres vestidos de negro que administraban justicia a nombre del Rey y exigían del Ayuntamiento relación del más ínfimo gasto, así fuera en los de la propia jura del soberano. Sus antepasados habían sido alcaldes, procuradores, regidores perpetuos. Y todo el valle se presentaba a sus ojos como una página en la cual estaban escritos los signos de un tiempo inmemorial. Fajardo murió a manos de Alonso Cobos que le tendió una emboscada cuando preparaba nueva expedición al valle de los Caracas. Fajardo era mestizo, hijo de la india Isabel y del español Diego Fajardo, otros dicen que de Juan Guevara. Hablaba todas las lenguas de los indios que había aprendido para el mejor éxito de su empresa. Luego, Fajardo era el descubridor o poseía el secreto de las vetas o minas de oro. Pero la historia se escribe a menudo con bastante parcialidad, y los que

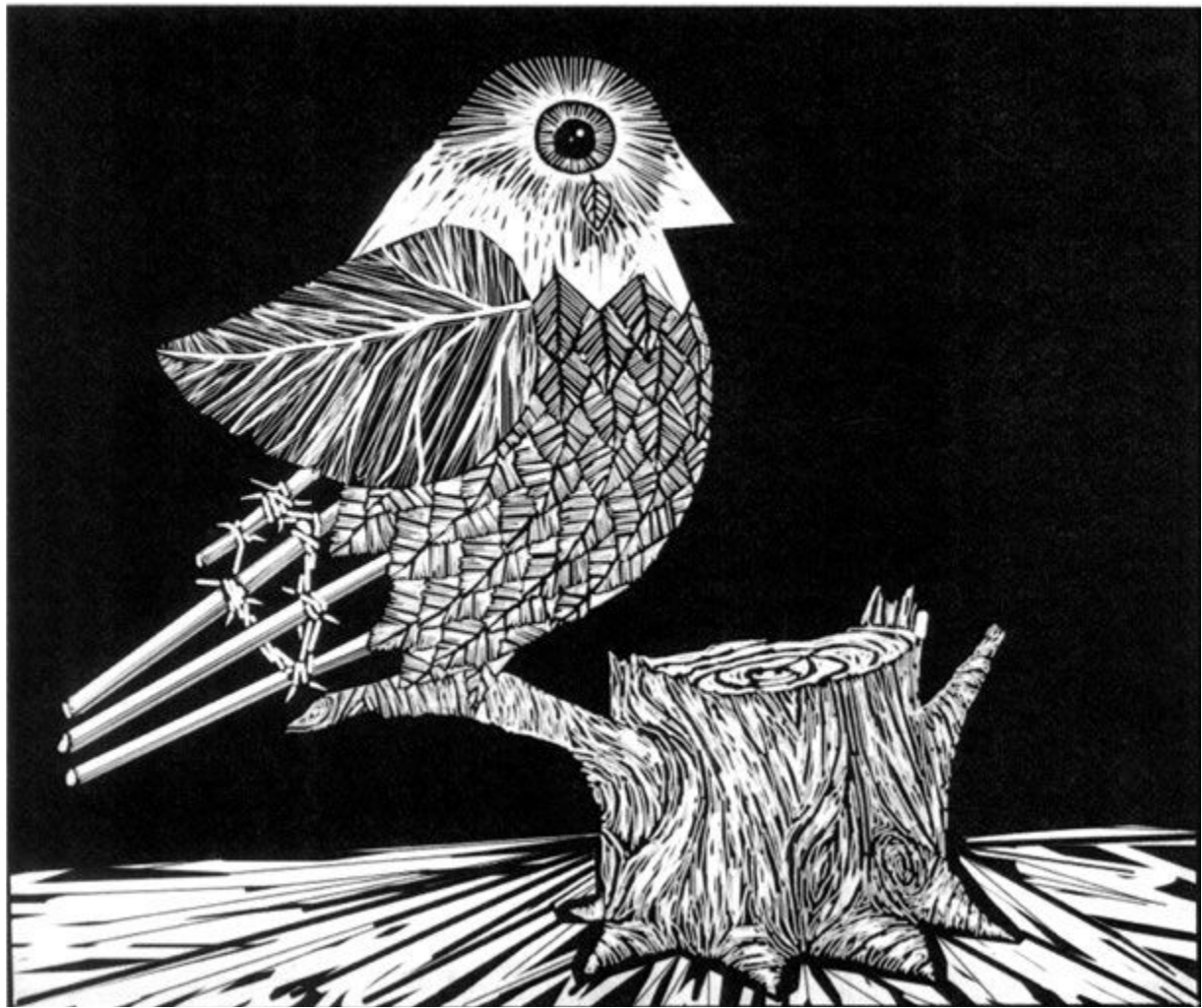
deploran el fin trágico de Fajardo, olvidan que él también ahorcó a un cacique de nombre Paisana que vino a él en son de paz, y engañó a los indios que vivían pacíficos en sus tierras. La conquista del valle estaba destinada a otros. Con Losada llegó en cambio Cristóbal Cobos, y se le dio por expiación del crimen de su padre salir a la conquista de los cumanagotos.

Las orillas del Guaire producían abundantes y olorosas maderas, y pequeñas embarcaciones bajaban hasta el real de las minas de Nuestra Señora. El cedro de Fajardo pudo ver todo esto. Los discípulos de los enciclopedistas se dispersaron por los cuatro puntos cardinales. Murieron en las batallas y en los patíbulos. Otros sobrevivieron a tantos acontecimientos. Vivieron como al despertar de un sueño. No se recibían aquellos pliegos de las reales cédulas que el regidor decano ponía sobre su cabeza en señal de ciega obediencia, y luego besaban como buenos vasallos, fechadas en Escorial, El Buen Retiro, El Pardo o Aranjuez, nombres que irradian a distancia la gloria del poder real. Pero el cedro de Fajardo

subsistía y a su sombra iba a sentarse algún paseante vestido de negro, meditabundo y solitario. Una tarde, a mediados del siglo XIX, el cedro de Fajardo fue cortado. El nombre del que derribó lo ha conservado la tradición. Llamábase don Juan Gutiérrez,

arrendatario de la quinta. La madera sirvió para construir una mesa sobre la cual pusieron un retablo con imágenes descoloridas.

*El Nacional*, Caracas, 25 de octubre de 1954.



## EN BUSCA DEL “AVE NACIONAL”

*Iguals méritos podrían reclamar los curufiatas,  
cucaracheros, azulejos, capas-negras, arrendajos,  
cardenales y paraulatas. No hay que olvidar  
el pájaro de siete colores que nos recuerda el iris.*

Los ornitólogos de la Sociedad de Ciencias Naturales se han dado a la tarea de elegir un ave que pueda servir de emblema o símbolo de nuestro país. Los egipcios tenían el ave fénix que nadie había visto, pues hacía su aparición cada quinientos años. Sus alas eran doradas y rojas, dice Herodoto, y comparable a un águila por su fuerza y tamaño. En escala menor tenían los egipcios otras aves sagradas, entre ellas el ibis que prestaba un servicio invaluable como era el matar las serpientes aladas cuando iban de Arabia hacia la tierra de Egipto, en la primavera. Estos ejemplos indican las cualidades que debe tener un ave, por encima de su

propio canto y belleza, cuando se le quiera hacer objeto de tales honores. Los de Guatemala honran el quetzal, del que se dice que muere cuando se ve cautivo, lo cual es ser de noble condición. En nuestro país tenemos la garza, de gran variedad de tamaños y colores en las llanuras y en los manglares a orillas de los ríos y lagunas. En cierta época del año invaden las orillas del mar en grandes excursiones de pesca. Un garzón hace de centinela. En Guayana, los ornitólogos lo saben, sobre todo si van de cacería a buscar raros ejemplares para sus colecciones y museos, abundan los pájaros fabulosos. No hablemos del tucán, de vuelo alto y tendido, tan común en las



leyendas indígenas. Del campanero que da las horas o del inamú arisco y solitario. Sería necesario interrogar a las tribus de aquella región que guardan sus secretos. Del moriche se dice que canta donde hay oro, lo cual podría ser mérito extraordinario, si no se le opusiera el águila o cóndor de nuestros Andes. El moriche, símbolo del Dorado, frente al águila, que lo es de Libertad. El Dorado y la Libertad, las dos rutas características de nuestra historia que hemos señalado en otra ocasión. Desde la cumbre del Potosí, Bolívar oponía la libertad al oro, a los tesoros que se hallaban a sus pies.

Desde la Conquista deben haberse extinguido unas cuantas especies o variedades de pájaros, y otras, como el modesto cucarachero, amigo de los tejados, llamado el ruiñón del trópico, se hayan a punto de extinguirse, lo cual sirve a los ornitólogos de pretexto para exhibírselos embalsamados en sus museos, en medio de paisajes de cartón, y con fines educativos, según dicen. Mucho más lo sería conservarlos vivos y libres en los jardines públicos. Los toromaynas, pobladores del valle de Caracas, se decían provenientes de

una región donde abundaba el pájaro de este nombre, y el mismo origen del suyo alegaban los quiquiriques. Oviedo y Baños habla de un pájaro luminoso que guió a Francisco Infante y a los compañeros suyos, perdidos de noche en una montaña de Lagunillas. Páez refiere que en el cráneo del comandante Pedro Aldao, puesto en una pica en la Plaza de San Fernando, hallaron un nido de pájaros amarillos, el color de los patriotas. (No vengan a decirnos ahora que eran turpiales). Amarillo era también el color de cierto pájaro que servía de emblema a los patriotas cubanos, al cual alude Martí en aquellos versos:

¡Yo pienso cuando me alegro  
como un escolar sencillo  
en el canario amarillo  
que tiene el ojo tan negro!

El turpial, que hasta hoy parece llevar la ventaja en la elección de “ave nacional”, tiene inclinación a olvidar fácilmente la cautividad con su propio canto.

Hace ya tiempo se proclamó árbol nacional al araguaney.

Estuvimos entonces por el samán como el único digno de competir con los árboles venerables de otros países. El araguaney nos parecía más propio de una poesía de abanico. Lo mismo podría decirse del turpial, tan manoseado además por una literatura barata. Iguales mérito podrían reclamar los curufiatas,

cucaracheros, azulejos, capas-negras, arrendajos, cardenales y paraulatas. No hay que olvidar el pájaro de siete colores que nos recuerda el iris. Al mencionarlo en el orden de los gorriones, Codazzi lamenta que no se le pueda domesticar.

*El Nacional*, Caracas, 31 de octubre de 1957.



## MÁS SOBRE EL PÁJARO NACIONAL

*No puede ser inventado  
ni adquirido como un objeto de lujo.*

La elección de un pájaro como emblema nacional no puede salir de una deliberación apresurada. No puede salir de las predilecciones de grupos determinados, de este o aquel ornitólogo ni de una colección de pájaros disecados. Ni de los que se venden en el mercado para solaz de particulares. Ha de salir más bien de la poesía, de la historia y la leyenda, del fondo de los tiempos, o de las selvas de nuestros grandes ríos, de los confines del mundo mágico, o más sencillamente del mito, que es la verdad en todo caso. No puede ser

inventado ni adquirido como un objeto de lujo. El pájaro simbólico debe ostentar cualidades por encima de su propio canto y belleza de su plumaje. Debe estar en abierta contradicción con todo lo que signifique adocenamiento y vulgaridad. De lo contrario no será el pájaro nacional por más que lo designen como tal, así como el araguaney no es el árbol nacional. Este no puede ser sino el samán.

*El Nacional*, Caracas, 10 de noviembre de 1957.



## LA SEQUÍA

*Se vive entre el temor  
a la sequía y a las inundaciones.*

A pesar de la sequía los árboles han reverdecido. El que no parece reverdecer es el espíritu nacional. En la época de las plantas atómicas, de las explosiones nucleares, de los satélites artificiales, nuestros dirigentes disertan como hace cien años. Sus discursos reclaman la indumentaria del siglo XIX. La vida del país prosigue por los mismos cauces. Todo lo que leamos en la prensa diaria nos parece haberlo leído antes. Comentarios, artículos, editoriales diríanse recortados de los diarios de hace treinta, cuarenta años. Sus autores han alcanzado una envidiable longevidad. Hay desde luego un solo cuadro de caballos. Y hay también una conspiración. La vida de nuestros países americanos es casi siempre una conspiración. Se conspira desde el poder y desde la

oposición. Ningún signo de política audaz que pueda poner en tensión las energías de un pueblo. Ante un territorio desierto la vida se haya estancada con sus ranchos y conspiraciones.

Cualquiera diría, al enterarse de las ofertas que de tiempo en tiempo se hacen a otros países, que en Venezuela no se carece de nada, pero la verdad es que ni siquiera dispone de locales propios para sus oficinas. La misma Tesorería Nacional, según puede verse desde la avenida Bolívar, se haya montada en un piso de alquiler. Los niños de Venezuela carecen de locales suficientes. Han de esperar turnos para ir a la escuela. No tienen, se dice, el número de maestros requeridos, y ya se habla de importarlos de países más pobres, más

pequeños, pero capaces de ofrecérselos al más “rico”. Los niños de Venezuela emigran a otros países, emigran sobre todo a los países vecinos, largos éxodos de escolares que contribuyen a la prosperidad de los colegios y escuelas de esos países. Nuestros pueblos y ciudades carecen de agua o sufren escasez de agua.

Un particular puede dar lo suyo y quedarse si le place en la miseria. Una nación es diferente. Hay bastantes asociados que pueden no estar de acuerdo con ayudas monetarias, dádivas y ayudas a otros países tan atrasados como el nuestro. Nadie agradece la generosidad de los manirroto. Si esto ocurre con los individuos en mayor grado sucederá con los pueblos. No se ha visto a los grandes pueblos dar lo suyo, a no ser a cambio de alguna ventaja relacionada con su propia existencia. Acaso no hay en el mundo un pueblo más ajeno a sus propios intereses que el de Venezuela.

En un librito *El urbanismo al alcance de todos* (París, 1925), por Juan Raymond para uso de funcionarios municipales y coloniales, se lee que antes de fundar una ciudad es indispensable asegurar su aprovisionamiento de

agua. Calcula para este aprovisionamiento un mínimo de cien litros por habitante. Se refiere a los acueductos de Roma con un total de cuatrocientos cuarenta y tres kilómetros de largo que conducían a un millón de metros cúbicos de agua potable. Cada habitante disponía de cuatro metros cúbicos de agua. Este librito se escribió para la época de los tranvías, pero sus teorías y principios para la fundación y mantenimiento de ciudades son de hoy y de siempre. Los fundadores de Santiago de León eligieron un hermoso valle, regado por tres ríos e innumerables quebradas, torrentes del Ávila, pero no sospecharon lo que iba a ocurrir en la época del petróleo, no previnieron los delirios de la especulación ni la obra destructora de varias generaciones.

Los ríos, bosques y quebradas desaparecieron bajo los planes urbanísticos. El valle de Caracas fue destruido. Con la ilusión de tener agua suficiente, se han gastado unos cuantos centenares de millones desde la época de Guzmán Blanco. Las lujosas urbanizaciones carecen de agua tanto como los barrios donde la población se hacina en viviendas infectas.

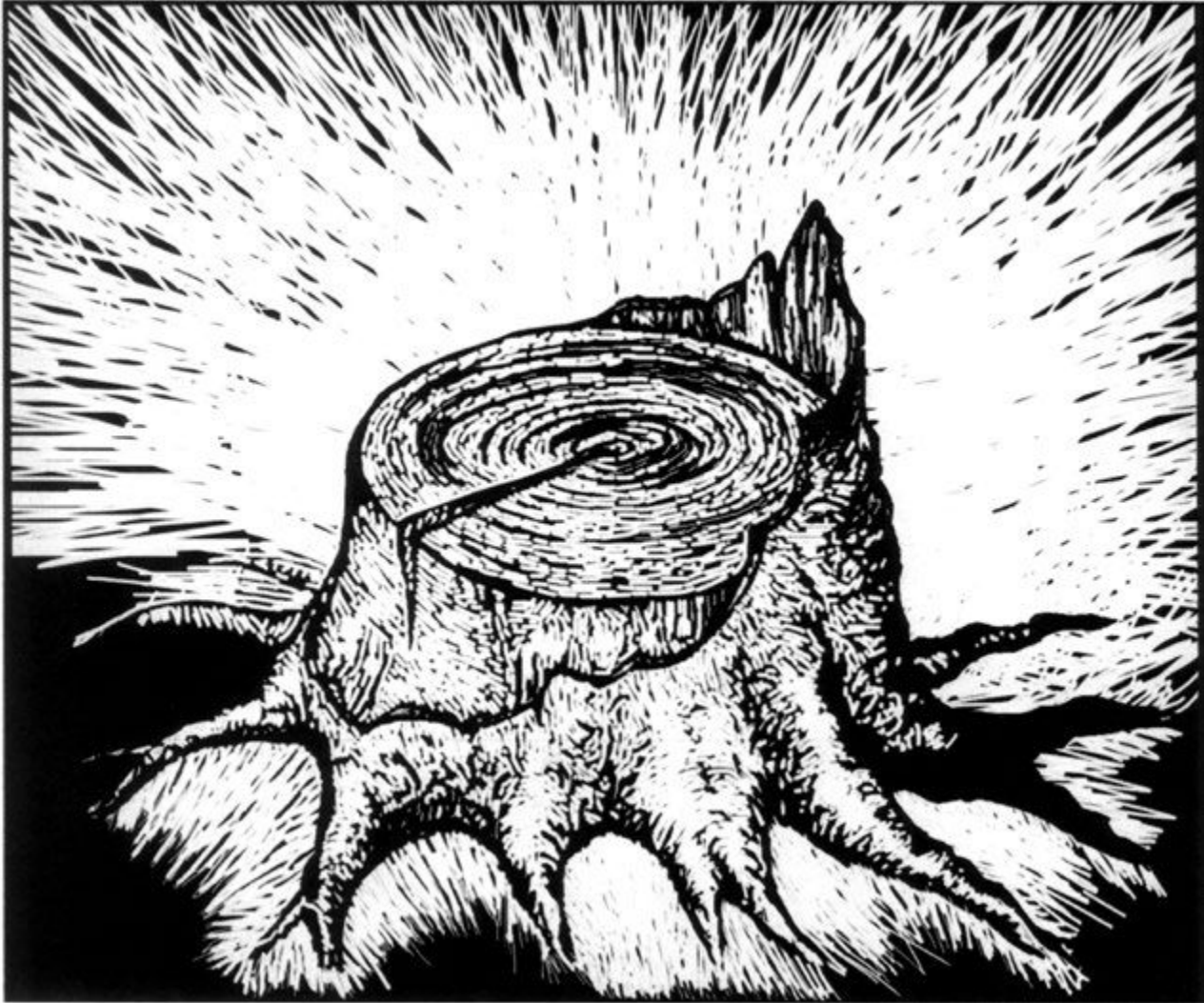
Hace algunos meses se dieron informaciones referentes al aprovechamiento de caídas de agua utilizadas con fines de odiosa especulación. Pero tales propósitos concluyeron por olvidarse. Tampoco nadie se acuerda de las quebradas, en espera de una creciente, para dar rienda suelta a la literatura hipocritona de las catástrofes. El aprovechamiento de estos hilos de agua es uno de los más urgentes reclamos de esta colectividad.

En más de una ocasión nos hemos referido a la necesidad de fundar una nueva ciudad. Parece que a fines del siglo pasado se llegó a considerar este proyecto. De este modo se resolvería más de un problema, incluso el del transporte colectivo. Caracas se vería libre de

ranchos y automóviles. Perdería su carácter de capital, pero no su función rectora por los derechos del espíritu. Sería también un signo de voluntad creadora, de tiempos nuevos, como lo ha hecho ya el Brasil, entre otros países, y lo piensa hacer Colombia. Quedaría por elegir el sitio de la nueva Capital. El Orinoco hace signo desde sus soledades. En ningún otro sitio debería hallarse la capital de Venezuela. Para comenzar podría ser la misma Ciudad Bolívar o Angostura. El Orinoco es el camino de la historia de Venezuela, y con esto no estamos diciendo nada nuevo.

*El Nacional*, Caracas, 30 de abril de 1959.





## EL INCENDIO DEL ÁVILA

*Es un monte indefenso.*

El incendio del Ávila ha servido entre otras cosas para demostrar la miseria de nuestra propia ineficacia. La falta de recursos que disponemos para hacerle frente a cualquiera emergencia. Una ineficacia derivada de nuestra general desorganización. Si por desgracia sobreviniese algunas de las calamidades que son comunes a todos los pueblos, nuestros diarios se cubrirían de fotos, informaciones y artículos elegíacos, pero seguramente careceríamos de los recursos necesarios para hacerle frente, y en medio de la imprevisión general las proporciones del desastre serían mayores. Se sabía, por ejemplo, que la “bentonita” y otras sustancias químicas son buenas para extinguir incendios, pero no se disponía de cantidad suficiente y fue necesario traerla de Curazao y Estados Unidos. Fue necesario que el Ávila

ardiese durante varios días para que desde el fondo de sus despachos los funcionarios recordasen la “bentonita”. Todos los años el fuego devasta buena porción de los bosques del Ávila –podría hacerse una tabla comparativa de tales incendios–, y cada año se alzan grandes clamores, se movilizan efectivos de tropas y partidas de civiles, pero ni siquiera se dispone de un buen sistema de contrafuegos. A pesar de todas las prohibiciones que pesan sobre el Ávila, de las alambradas y avisos de “No se pasa” que se ven por todas partes en sus inmediaciones, del celo de personas beneméritas, el Ávila no se haya protegido contra el fuego. Es un monte indefenso.

Años atrás, camino de Galipán, solía encontrar a un viejo agricultor que hablaba contra los funcionarios técnicos, sus leyes y reglamentos extraídos, según

decía, de libros escritos en otros países. Les atribuía la pérdida de nuestra agricultura, y citaba el caso de las Dos Aguadas que antes eran graneros de Caracas. Confieso que me entretenía aquella conversación, el candor de sus palabras, el hecho de que alguien se atreviese a poner en duda la ciencia de la gente de allá abajo. Decía que el propósito de tales técnicos o de gente que estudiaba en el extranjero, era el de hacer emigrar a los agricultores, a fin de que los terrenos cobrasen valor, y así especular con ellos y obtener mejores ganancias. El hombre tocaba sin saberlo, aunque de modo vago e incierto, él, pobre agricultor desalojado, una parte de la verdad, aunque no estuviese relacionado con aquellas leyes y reglamentos: la de la fiebre de urbanizaciones las cuales dieron muerte al valle de Caracas. Grandes extensiones de bosques fueron sacrificadas a propósitos urbanísticos. Segaron sus quebradas y manantiales y se apoderaron de ellos, barrios enteros fueron privados de agua, para especular con ella, venderla o distribuirla, de acuerdo a sus propios intereses. Zonas que

se decían de reserva se vieron de pronto cubiertas de edificios para fábricas y apartamentos. Barrios infectos han nacido al pie del Ávila. Se ha pretendido urbanizarlo o rebajarlo, y es raro que a estas horas no esté cubierto de ranchos o de quintas.

El Ávila también ha sido y es víctima de una mala literatura. En esto la pobre montaña no es menos afortunada que la ceiba de San Francisco, por ejemplo. Podrían formarse diccionarios de frases, de adjetivos aplicados al Ávila, sobre todo en época de incendios, a fin de encajárselos a los muchachos en la memoria para su mejor provecho. Mientras veo que el viento dispersa las cenizas de sus bosques, pienso para no ser menos, que el Ávila, llamado alguna vez Monte de la Independencia, ha encendido su antorcha conmemorativa de los ciento cincuenta años de aquel acontecimiento, y ofrece a los habitantes de abajo, entregados como siempre a sus odios y disputas estériles, el espectáculo de su propia grandeza.

*El Nacional*, Caracas, 6 de marzo de 1960.





## ÍNDICE

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ: SU ACTITUD CON LOS ÁRBOLES	11
LAS NERVADURAS DE UNA PERSISTENCIA	23
El cardón	27
La fiesta del árbol	31
Árboles	33
Flores	35
Muerte de los pájaros	37
Niebla y jardines	39
Arístides Rojas y esas flores del camino	41
Los adornos del samán de Catuche	45
Manzanas	49
Defensa y muerte de la palmera	53
El parque “Díaz Rodríguez”	57
El árbol nacional	61
Corte de árboles	65
El cedro de Fajardo y otras reminiscencias	67
En busca del “ave nacional”	71
Más sobre el pájaro nacional	75

La sequía  
El incendio del Ávila

77

81







EDICIÓN DIGITAL

MAYO DE 2018

CARACAS - VENEZUELA



## Árboles. Crónicas de una ausencia

*Árboles. Crónicas de una ausencia* reúne diversos artículos de opinión publicados por Enrique Bernardo Núñez en la prensa nacional. En estos breves textos expone su genuina angustia ante la tala de los árboles y el avance del concreto: “La historia de Caracas, de Venezuela, en los últimos cincuenta años, puede escribirse a la sombra de sus árboles cortados”. De esta manera, clara y concisa, se nos expone la relación que guarda la dimensión natural con el mundo social de los hombres; nos ilustra un tiempo donde las plantas se incorporaron al acontecer cotidiano e histórico. Finalmente, nos alerta y llama a la reflexión frente a la desoladora concepción “de que el progreso y el desarrollo se fundamentan en el cemento y la cabilla”.

### Enrique Bernardo Núñez

(Caracas, 1895-1964) Escritor y cronista de la ciudad de Caracas. Vivió en Valencia hasta los quince años cuando parte a Caracas. Dos años después de ingresar a la Facultad de Medicina abandona las aulas y se dedica a su verdadera vocación, la escritura. Frecuentaba las reuniones y tertulias de los escritores que después serían conocidos como la Generación del 18. Comenzó además su carrera periodística, siendo redactor de *El Imparcial*; colaboró en periódicos como *El Universal*, *El Heraldo*, *El Nuevo Diario* y en revistas como *Élite* y *Billiken*. También ejerció la diplomacia como representante de Venezuela en Colombia, Cuba, Panamá y Estados Unidos. Fue nombrado cronista de la ciudad de Caracas en 1945. En 1948 fue aceptado como Miembro de Número por la Academia Nacional de la Historia.

### Trino Borges

Trino Borges (Mérida, 1931). Profesor en educación primaria, secundaria y universitaria. Fue profesor de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. *Magister Scientiarum* en Historia (de Asia y África) en la Universidad Santa María. Es miembro investigador del Centro de Estudios África y Asia (CEAA) y Miembro de la Asociación Latinoamericana de Estudios de África y Asia (Aladaa). Ha publicado artículos y ensayos en los principales diarios nacionales y regionales, además de revistas especializadas como *Cultura Universitaria*, *Actual*, *Revista Nacional de Cultura*, *Academia de Mérida*, *Albor*, *Solar*, *Principia*, *Comarca*, *A plena voz*, etcétera.

